

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



Digitized by the Internet Archive  
in 2014



LS  
V2155ky

Milán A. Buchanán.  
Univ. de Chile, 1905

Francisco Valverde y Perales

## Leyendas y Tradiciones

Toledo

Córdoba

Granada

Prólogo de Rafael Torromé.

Ilustraciones de Hidalgo Caviedes,

J. Vera, N. Lagarde, García Menacho, F. Latorre,

E. Lagarde, J. Barreras, A. Vegue

y M. Tovar.

620v



490911

28. 4. 49

TOLEDO

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ

Comercio, 55, y Lucio, 8.

1900

Es propiedad de su autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

**Véanse las notas al final.**

## Al Excmo. Sr. Marqués de Guadaleras.

---

*A Ud., mi respetable y cariñoso amigo, que tanto ha contribuido con sus sabios consejos y enseñanzas á ilustrar mi pobre inteligencia, dedico esta modesta obra, que si no es acreedora á tal distinción por su escaso mérito literario, tiene en su favor la benevolencia de Ud. y la admiración, cariño y agradecimiento que por Ud. siente su autor*

Francisco Valverde.

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE  
COMO



JOYA  
PRECIOSA

EX-LIBRIS  
M. A. BUCHANAN



## PRÓLOGO

---

Los grandes poetas españoles del siglo XIX, aquellos cuyo nombre sobrevivirá á su tiempo, han inspirado sus obras en asuntos históricos y han escogido en los inagotables veneros de la tradición y la leyenda asuntos y acontecimientos de que se halla exhausta la empobrecida España de nuestros días.

Zorrilla, el Duque de Rivas, García Gutiérrez, han pulsado sus liras inmortales haciendo con ellas revivir las pasadas grandezas, acaso porque el vil prosaísmo y la mezquindad moral de ahora, les obligaba á volver las miradas á épocas remotas, que muestran, si no á los ojos á la memoria, actos heroicos, nobles y prodigiosos, capaces de ser escuchados con emoción y referidos con elocuencia.

Existe unidad y compenetración tan íntima y estrecha entre la obra literaria y el tiempo en que se inspira, las costumbres que refiere y los acontecimientos que retrata, que los grandes poetas sólo viven y se logran en las grandes Naciones.

Estudiando la historia literaria de los distin-

tos países de Europa se observan lagunas de centurias de años en que ninguno de los habitantes de inmensos territorios siente encendida su alma por el fervor lírico, ni acierta dignamente á dar expresión á nobles sentimientos, y no es lógico suponer que esta poquedad y carencia estribe en la causa eficiente, es decir, en el literato que pueda hacer la obra, cuya inspiración acaso yazca en potencia, ó sea adormecida en el alma de cualquier ciudadano, sino más bien en las causas circundantes y ocasionales que no despiertan en aquel espíritu las energías de que es capaz, como la semilla caída en mala tierra ó á destiempo que no germina porque no encuentra los elementos necesarios para explayar la vitalidad y la naturaleza que potencialmente guarda en su seno.

D. Adelardo López de Ayala, autor dramático y poeta, como todos sabéis, selectísimo, y hombre de gran entendimiento, dice en sus notas sobre la decadencia del teatro italiano, que las comedias son espejos donde la sociedad se mira, y que aquellas Naciones decadentes que tienen horrible perfil psicológico, carecen de teatro por que no les agrada contemplar su propia fealdad.

Eso puede decirse también de España, cuya literatura dramática se halla en lamentable decadencia y cuya poesía lírica desmaya y muere por análogas causas.

La literatura es un producto social, como la flora es un producto del suelo, y tan difícil es que nazcan plátanos en las cumbres de los Pirineos ó

de Sierra Nevada, como poetas líricos y dramáticos en países que no tienen entusiasmos, ideales ni grandeza.

Podrán florecer acaso los pintores y los escultores porque tienen modelos universales y mudos, cuya virtud estriba en las inmutables entidades del color y de la línea que no están sujetos á las oscilaciones morales de los espíritus ni del medio ambiente; pero aquellos que se han de inspirar en una sociedad desmayada no tienen más camino que copiarla ó que maldecirla; en el primer caso, la obra tiene que participar de la insignificancia del modelo, y en el segundo, ha de adolecer de las monótonas lamentaciones de Jeremías, ó de la iracundia sarcástica de Juvenal, y en uno y otro caso se desprende de la obra un tufillo acerbo y desconsolador, que antes que atraer y cautivar el ánimo, lo amarga y lo repele.

Por todas estas causas, las fuentes históricas y legendarias me parecen las más apropiadas para beber su inspiración nuestros poetas, y aun cuando sea triste el espectáculo que ofrece un país aferrado en cantar, como viejo decrepito, sus mocedades, porque en su edad presente no realiza actos dignos de ser ensalzados ni referidos, es más triste aún, por ser más infructuoso, empeñarse valdamente en rebuscar asuntos poéticos en épocas prasaicas ó inspirarse en un subjetivismo absoluto por donde el poeta exprese su personal manera de sentir, que si es idealista y elevada, serán sus versos los lamentos del mártir entre fieras.

Así, pues, felicito á mi excelente amigo Don Francisco Valverde y Perales por la acertada elección de las tradicionales fuentes en que ha inspirado su labor poética, por las cuales puede manifestar sus envidiables cualidades de *vir bonus* y de versificador discretísimo, dando vida y calor á aquellos hechos que, aun cuando pasaron, habrán de quedar eternamente en nuestra memoria, porque en el mundo sólo perdura lo que es digno de vida perdurable.

Las LEYENDAS Y TRADICIONES DE TOLEDO, CÓRDOBA Y GRANADA, constituyen una obrita llena de interés y de atracción, y la versificación, siempre discreta, y en muchas ocasiones inspirada y bien sentida, es fiel intérprete de la grandeza de los sucesos y pasiones que manifiesta.

El Sr. Valverde es de aquellos hombres que á su propio exclusivo y decidido esfuerzo personal lo deben todo, lo mismo la cultura que acendra y aquilata su gusto literario, que las estrellas que honran su uniforme militar, ganadas en el rudo y peligroso malestar de las campañas, y yaciendo en esa triste orfandad de protecciones en que se forman y templan los grandes caracteres.

Para expresar dignamente la caballeridad legendaria de nuestra raza, es necesario sentirla, y el autor de esta obra la siente hasta tal punto, que parece, hasta en su aspecto, uno de aquellos españoles del siglo XVI, llenos de caballeridad y de hidalguía que enaltecieron é inmortalizaron el nombre de su Patria.

A ese espíritu caballeroso se debe el respeto

que hasta hace poco tiempo ha inspirado España á todas las Naciones de Europa, y al vernos ahora desposeídos de él por las ruindades é infamias de que hemos dado tristísimo ejemplo en recientes desastres nacionales, es necesario que nos esforcemos en recuperar el bien perdido, en recobrar nuestro carácter tradicional, esa hermosa leyenda que algunos insensatos ven con gusto que se haya desvanecido porque presumen que es augurio de que entramos en la vida moderna; pero no comprenden que esa misma vida moderna no puede darnos elementos de existencia si borra de nuestro corazón los sentimientos de hidalguía, patriotismo, desinterés, y en fin, de las santas virtudes que constituyen el fondo eterno de la vida moral de las Naciones.

Expresando ideas análogas dice el insigne Pérez Galdós en *Zumalacárregui*, aludiendo á la caballerosa energía de nuestra raza:

«La tenacidad, la gallardía caballeresca, componen toda la historia de una raza que al inclinarse para caer en tierra, ya está pensando en cómo ha de levantarse.»

España debe inspirar su conducta futura en su vida pretérita, despojándola sólo de aquellas formas que sean incompatibles con los progresos modernos, pero conservando siempre con el más acendrado amor los elevados y excelsos sentimientos, y las nobilísimas prendas de carácter que encierran la energía necesaria para las cívicas virtudes. No conviene subordinarnos á lo pasado, pero tampoco desechar de lo pasado lo

que contenga de esencial, inmejorable é insustituible, y para inspirar nuestra conducta, es forzoso cultivar la literatura genuinamente española, y avezar la juventud á la lectura y meditación de libros como éste, que expresa por deleitable manera la enérgica y hermosa fisonomía moral de nuestra Patria.

R. TORROMÉ.



## Introducción.

---

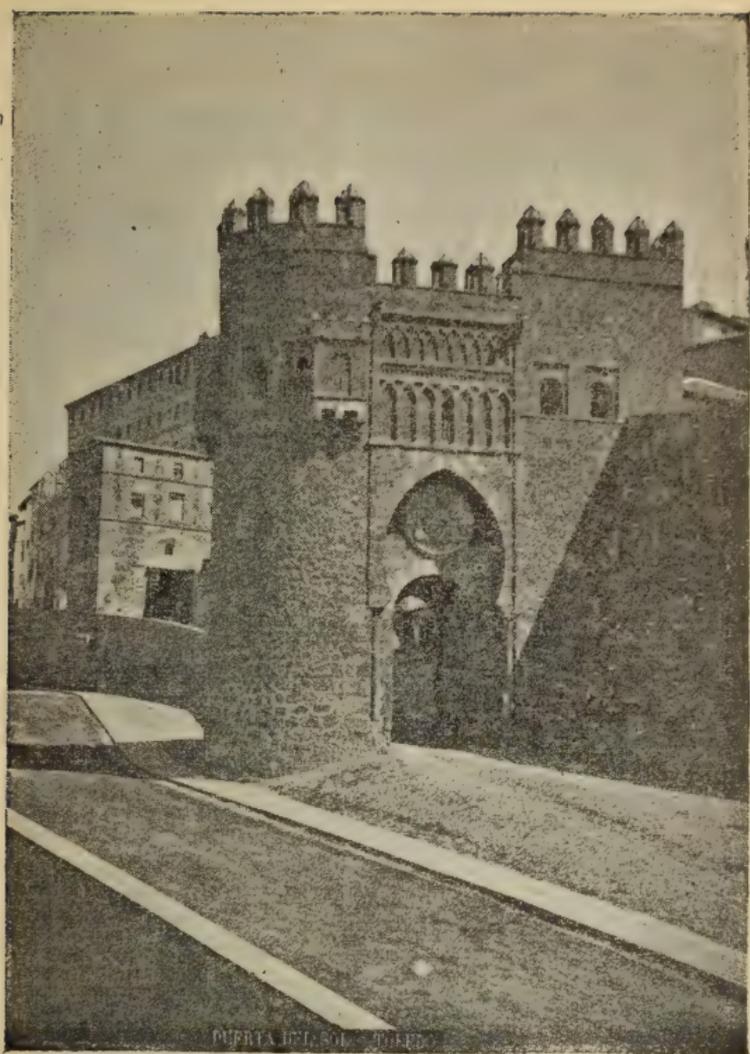
Toledo, insigne Córdoba,  
Granada incomparable,  
cuando discurro á solas  
por vuestras viejas calles,  
en esas horas tristes  
en que las sombras caen,  
cruzando silenciosos  
y lóbregos pasajes  
poblados de fantasmas  
que á mi memoria traen  
de razas y centurias  
grandezas y desastres;  
ó escucho la campana  
sus ecos dando al aire  
desde las altas torres  
que fueron alminares;  
ó miro cómo logran  
los siglos y el pillaje  
rendir vuestras defensas  
un tiempo inexpugnables;  
en torno mío siento  
las alas agitarse  
de formas misteriosas,  
calladas, impalpables,

que, en voz baja, á mi oído  
murmuran, incitantes,  
consejas, aventuras,  
proezas militares,  
cuentos y fantasías  
de ya muertas edades,  
cuando mi Patria era  
Nación temida y grande.  
Los hechos que refieren  
sus lenguas inmortales  
de noble y alto ejemplo  
son fuente inagotable  
que hoy, por su mal, olvida  
la humanidad, lanzándose  
ciega, entre la resaca  
de estrépito asordante,  
corriendo tras quimeras  
que no han de realizarse.  
Gloriosas tradiciones,  
consejas admirables,  
que ya inútiles juzga,  
porque todo lo sabe,  
un pueblo cuyo espíritu  
mezquinamente late,  
soberbio con su ciencia,  
hidrópico insaciable  
de bienes positivos  
y goces materiales,  
que cual tronco sin savia  
podrido se deshace.  
La fe ya es fanatismo,  
lo milagroso un fraude,

la santa es una histórica,  
un ídolo la imagen,  
el creyente un *beato*  
y un pobre iluso el vate.  
Lo bello, el bien, lo justo,  
aspiración constante  
del alma que pretende  
á lo perfecto alzarse,  
ni se honran ni se estiman  
si no son cotizables.  
Patria, honor, nombre, gloria,  
sublimes ideales  
que el mundo conmovieron  
con fuerza incontrastable,  
son palabras vacías  
que ya no entiende nadie  
ni nada significan  
para el error triunfante,  
que infama ó desmorona  
prestigios seculares  
y arrastra por el lodo  
la túnica del Arte.  
Yo busco el idealismo:  
su aliento me levante  
con alas poderosas  
á esferas más brillantes,  
donde el materialismo  
rastrero su voz calle  
y con crudezas torpes  
mi inspiración no manche.  
Mientras en los desiertos  
el misionero errante

duro martirio acepte  
de indómitos salvajes;  
mientras vierta el soldado  
tesoros de su sangre  
y pródigo con ella  
culpas ajenas lave;  
mientras santas mujeres  
reciban, sin quejarse,  
la muerte, respirando  
ambiente de hospitales;  
mientras valientes liras,  
con himnos resonantes,  
las Artes solemnizen,  
la Fe y la Patria ensalcen;  
habrá quien sobre el torpe  
materialismo se alce  
y hasta seguro puerto  
pueda llevar la nave.  
En tanto, vuestras glorias,  
matronas venerables,  
yo cantaré; esperando  
que la borrasca pase.





## Los Niños Hermosos.

---

### I

Entre el dédalo confuso  
de misteriosas callejas  
que por la imperial Toledo  
suben, bajan y serpean,

una existe, flanqueada  
por casas pobres y viejas,  
que de los Niños Hermosos  
el extraño nombre lleva.  
Lo debió, en remotos días,  
á una curiosa leyenda  
en que de un infame prócer  
hizo rodar la cabeza  
un Rey que de su justicia  
dió en ello acabada muestra.  
De tan peregrina historia  
el narrador nada inventa;  
la copia de un viejo libro  
que, en enrevesadas letras,  
refiere el caso, y os juró  
que según apunta fechas  
y nombres, tiene la historia  
carácter de verdadera.

## II

El siglo trece mediaba  
y por el Rey en Toledo  
un Alguacil gobernaba  
á quien el pueblo miraba  
con justificado miedo.  
Hombre á la guerra avezado,  
lascivo, duro y cruel,  
de la codicia picado;

sin duda tomó el pecado  
humanas formas en él.  
Diz que, casada ó doncella,  
mujer á quien llegó á hablar  
si nació, por su mal, bella,  
no cejaba hasta saciar  
sus apetitos en ella.  
Y si algún padre ó marido  
á la defensa salía,  
callábase por sabido,  
que á mano airada moría  
ó era á prisión reducido.  
Y el noble y el menestral  
que el atropello brutal  
en su vecino miraban,  
llenos de temor, guardaban  
sus hijas y su caudal.  
De tan graves desafueros  
iban, hasta el Rey Fernando,  
por cartas y mensajeros,  
amargas quejas llegando  
de nobles y de pecheros.  
Y espantado el Soberano  
de los hechos inauditos  
del Alguacil toledano,  
se dispuso, por su mano,  
á castigar sus delitos.

## III

El Alguacil, entretanto,  
de honras y de sangre ebrio,  
sin saciarse, acumulaba  
sobre un crimen otro nuevo,  
de Dios y del Santo Rey  
las leyes dando al desprecio.  
Salió un domingo cercado  
de esbirros y recorriendo  
las calles pasó por una  
donde, en infantiles juegos  
entretenidos y alegres,  
halló dos niños pequeños.  
Blancos eran cual las flores  
del azahar entreabierto,  
de sonrosadas mejillas  
y azules ojos de cielo  
que dulces se dilataban  
en irisados reflejos.  
Iguales eran sus trajes,  
y tan semejantes ellos,  
que uno se copiaba en otro  
como en transparente espejo.  
Detúvose el Alguacil  
mirándolos algún tiempo,  
y una vieja que pasaba

le dijo: —Son los gemelos  
del mercader de la esquina.  
—Nunca vi rostros tan bellos,  
repuso aquél, y la vieja,  
—son el retrato perfecto  
de su madre, dijo, y son,  
también, el fruto primero  
del matrimonio. —Marchaos,  
dijo el Alguacil, y luego  
añadió á su gente: —Aquí  
os quedaréis en acecho,  
y cuando no pase nadie  
agarrad esos chicuelos,  
al Alcázar conducidlos  
y á buen recaudo ponedlos.

#### IV

Los esbirros, avezados  
á crímenes parecidos,  
llevaron sin ser sentidos  
los dos niños secuestrados.  
Y cuando el sol declinaba  
la pobre madre, Leonor,  
con lágrimas de dolor  
por sus hijos preguntaba.  
Nadie de los niños bellos  
razón alguna sabía,

y la madre se sentía  
morir de pena por ellos.  
Fué inútil todo cuidado  
por hallarles, que seguros  
los guardó, tras fuertes muros,  
el Alguacil desalmado.  
Huyeron las alegrías  
de aquel venturoso hogar  
y entre gemir y llorar  
iban pasando los días.  
Ya declinaba el tercero  
cuando, á la madre angustiada,  
le fué una esquila entregada  
por extraño mensajero.  
Leyóla, y un ronco grito  
de su pecho se escapó  
cuando el contenido vió  
de aquel anónimo escrito.  
Decía: «Si queréis ver  
á vuestros hijos, Leonor,  
sólo el Alguacil mayor  
os los puede devolver.  
Sola al Alcázar iréis;  
que en este grave secreto  
con cualquier paso indiscreto  
su vida comprometéis.»  
Quedó con los ojos fijos  
en aquel papel Leonor,  
que iba á pedirle su honor  
en rescate de sus hijos.  
Y del dilema espantada  
se sintió desfallecer,

que aquella infeliz mujer  
era madre y era honrada.  
Ante una imagen bendita  
de la Virgen se postró  
y ferviente le pidió  
remedio para su cuita;  
que todo pecho cristiano  
busca, por recto camino,  
protección en lo divino  
si no la encuentra en lo humano.  
Su fe le daba consuelo  
en situación tan cruel,  
cuando un segundo papel  
hizo más grave su duelo.  
«Tres días, leyó, han pasado  
sin ir donde se os espera;  
habéis, cual hirsuta fiera,  
vuestros hijos olvidado;  
un último plazo os dan;  
cuando marque la campana  
la media noche mañana,  
al Tajo los echarán.»

## V

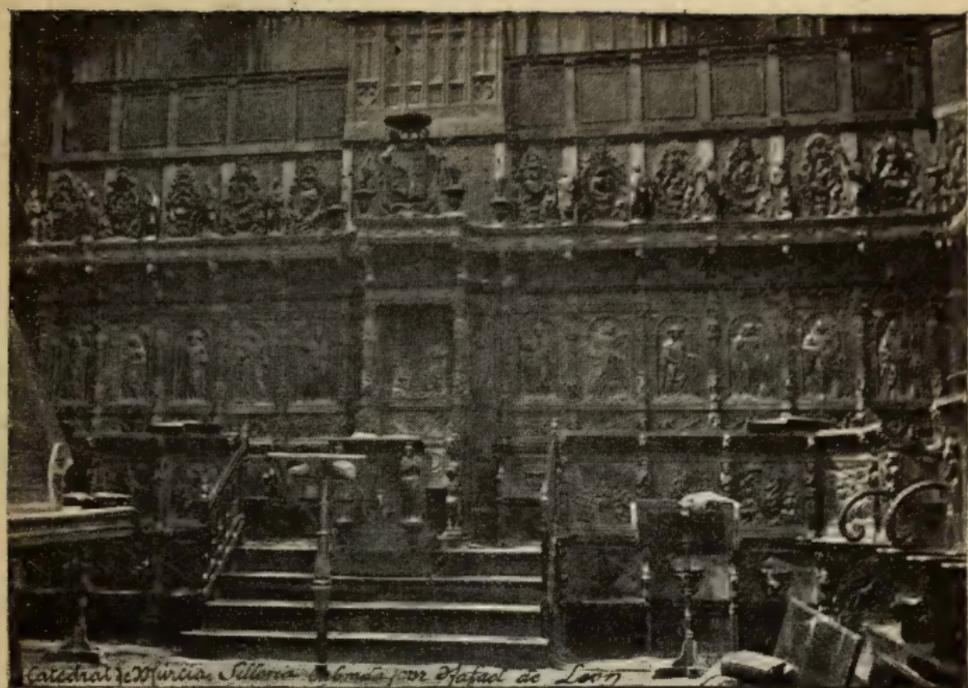
Sin dar crédito á sus ojos,  
Leonor, en llanto anegada,  
leyó repetidas veces  
aquella terrible carta.

El amor de madre en ella  
rompió violento sus vallas  
y á salvar la vida á aquellos  
pedazos de sus entrañas  
se dispuso, y como loca,  
á la siguiente mañana,  
cuando se ausentó el marido,  
salió sola de su casa  
dispuesta á inmolar su honra,  
y cuando libres llevara  
al padre sus tiernos hijos,  
hundir del Tajo en las aguas  
su cuerpo, para lavar  
dando la vida su mancha.  
Salió por una calleja  
á la cuesta del Alcázar  
donde se vió detenida  
por una barrera humana  
que sin cesar, «viva el Rey»;  
con entusiasmo gritaba.  
Por encima de la gente  
miró, solemne y pausada,  
avanzar sobre un caballo  
una figura gallarda,  
y adivinando quién era,  
corrió á su encuentro, y postrada  
de hinojos ante el caballo,  
arrancó un grito del alma  
diciendo: «Señor, justicia»;  
y sorprendido el Monarca,  
ante el dolor de la hermosa  
detuvo un punto su marcha;

escuchó atento sus quejas  
y le dijo: —Mujer, calma  
tus penas y ven conmigo  
que haré justicia á tu causa.—  
Poco después se veían  
en una lujosa estancia  
del Alcázar, al buen Rey  
que despacio compulsaba  
la letra de unas esquelas;  
al Alguacil entre guardias,  
y á Leonor con sus dos hijos  
que en silencio se besaban.  
Vistas las pruebas, el Rey  
dictó sentencia, y el hacha  
del verdugo cortó al punto  
del culpable la garganta.  
Luego la horrible cabeza  
del Alguacil, colocada  
sobre un plato de madera,  
se expuso en calles y plazas,  
y para dejar memoria  
en la ciudad toledana  
del crimen y del castigo,  
dispuso el Rey que, á la entrada,  
sobre la Puerta del Sol,  
un grabado se fijara  
en piedra, y él atestigua  
que esta leyenda es exacta.  
También dispuso, admirado  
de las infantiles gracias  
y hermosura de los niños,  
cambiar el nombre que usaba

la calle donde nacieron,  
y desde aquel tiempo data  
el de los NIÑOS HERMOSOS,  
como hoy la calle se llama.





## Rafael de León.

### I

—De aquí la verás mejor:  
contempla con qué primor  
ese manto peregrino  
se plega al cuerpo divino  
de la *Virgen del Amor*.  
Mira qué soplo de vida  
por toda su faz ríela:  
cuando la vi concluída,  
el alma á sus pies rendida  
exclamé: *Maris Stella*.  
Mas, ¿cómo tal perfección  
mi mano diera á su talla,

esposa del corazón,  
sin la dulce inspiración  
que mi cincel en ti halla?—  
Así en su taller un día  
á su esposa le decía  
un escultor toledano  
mientras le mostraba ufano  
una imagen de María.  
Y ella, que el realismo amaba,  
y aquel prodigio del arte  
á comprender no llegaba,  
disimulando, fijaba  
los ojos en otra parte.  
Sin cuidarse, al parecer,  
de los que cerca tenía  
trabajaba en el taller  
un mancebo, que atraía  
la atención de la mujer;  
sevillana sensual  
que encontraba preferible  
á la belleza ideal,  
la material y tangible  
de la existencia real.  
Mientras el marido hablaba,  
ella, que de su presencia  
apenas si se cuidaba,  
con el mancebo cambiaba  
miradas de inteligencia.  
Y tan clara la intención  
y tanta la obstinación  
fué del extraño mirar,  
que al fin llegó á despertar

las sospechas de León.  
Celos, cual lava candente,  
en su pecho sintió arder,  
y de vengarse impaciente,  
se retiró del taller  
pretextando caso urgente.  
Estuvo oculto un instante;  
volvió de improviso luego  
y pudo ver, lo bastante  
para cortar, de ira ciego,  
la existencia del amante.  
Salvó la esposa la vida  
con alas que le dió el miedo,  
y el desdichado homicida  
huyó solo de Toledo  
á tierra desconocida.  
Fué corriendo disfrazado  
varias provincias, y al fin,  
le admitió, como donado,  
el Abad de San Martín,  
de Valdeiglesias nombrado.

## II

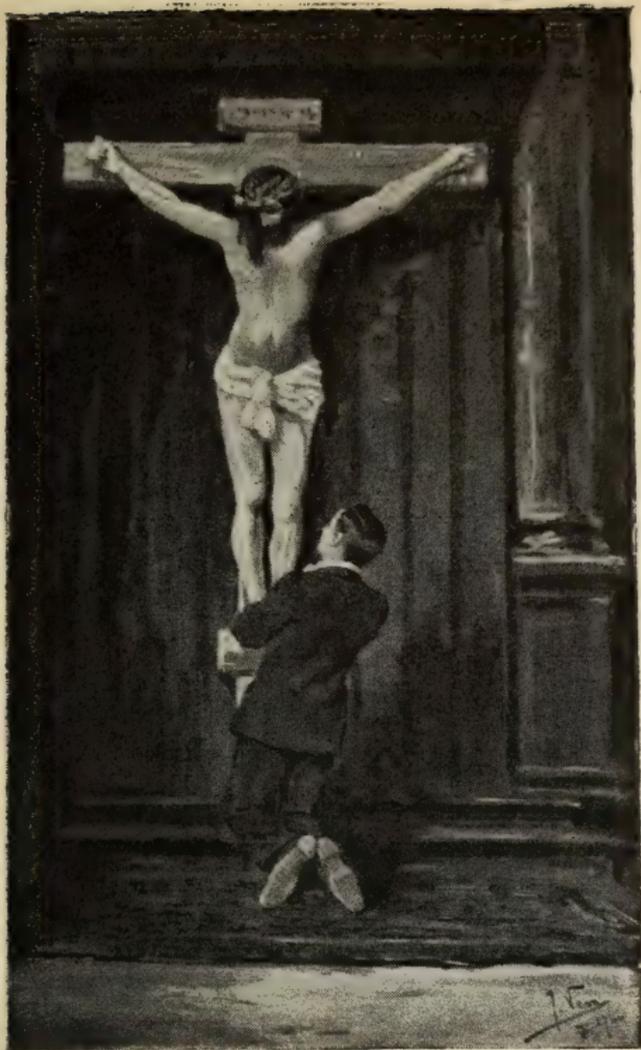
Tras tanto y tan grave apuro,  
en el recinto abacial,  
bajo el humilde sayal,  
se vió el escultor seguro.  
El tiempo, la penitencia,  
el trabajo y la oración

devolvieron á León  
la calma de la conciencia.  
Concedió perdón y olvido  
á la esposa delincuente  
y lloró sinceramente  
su crimen, arrepentido.  
Luego de su triste historia  
hizo al Abad largo cuento,  
y dejar quiso al convento  
de su gratitud memoria.  
Pidió preciosas maderas  
y manejando el cincel  
volvió á cruzar Rafael  
las artísticas esferas.  
Pronto la noble abadía  
absorta pudo admirar  
un primoroso ejemplar  
de soberbia sillería.  
Años tras años pasaban  
y ya del rico tesoro  
para completar el coro  
pocas sillas le faltaban,  
cuando el Abad, cierto día,  
de Toledo le contó,  
tal nueva, que le llenó  
de mortal melancolía.  
Le dijo cómo su esposa  
andaba por la ciudad  
la pública caridad  
implorando vergonzosa,  
y añadió:—Pues que sincero  
perdón la otorgaste ayer

socorrerla es tu deber;  
toma permiso y dinero.  
Corre allá; pero á ninguno  
has de descubrir quién eres;  
que, al cumplir ciertos deberes,  
el callar es oportuno.—  
Volvió á su pueblo querido,  
del Abad siguió el consejo,  
y aquel fraile, pobre y viejo,  
de nadie fué conocido.  
Buscó á su esposa, y mentira  
creyó, que penas y años  
produjeran tantos daños  
en el rostro de su Elvira.  
Darse á conocer pensó,  
mas, triunfó de su flaqueza;  
la socorrió con largueza  
y á San Martín se volvió.  
Triste, mudo y abatido,  
el alma envuelta en misterio,  
reanudó en el monasterio  
el trabajo interrumpido.  
Y tanto y con ardor tal  
al cincel movió su brazo,  
que en un brevísimo plazo  
sólo la silla abacial  
faltaba para el completo,  
cuando el Abad, nuevamente,  
llenó de sombras su mente  
con otro triste secreto.  
—Toledo llora afligida  
por una peste infecciosa,

le dijo, y sé que tu esposa  
está de la peste herida;  
tu deber allí te llama.—  
El buen artista corrió  
á Toledo, y encontró  
postrada á su Elvira en cama,  
abandonada de todos;  
lo que allí pasó se ignora,  
mas, según se cuenta ahora,  
se comentó de mil modos,  
y no sin malicia, el hecho  
de hallarse dos apestados,  
fraile y mujer, abrazados,  
muertos sobre un mismo lecho.  
Y en la ciudad toledana  
nadie en ellos supo ver,  
ni al escultor del taller,  
ni á la bella sevillana. (1)





## *El Cristo de la Agonía.*

Guardaba con fe piadosa  
cierta toledana villa  
en vieja y pobre capilla  
una imagen milagrosa.  
Era la bella escultura  
un Cristo, cuyo semblante

palpitaba agonizante  
con espasmos de tortura.  
De su protección divina,  
que en todo mal invocaban,  
mil prodigios se contaban  
en la comarca vecina,  
donde no faltó ocasión  
á nadie, para llevar  
agradecido al altar  
un voto ó una oración.  
Pero, quien con más ferviente  
celo, con fe más sincera  
veneraba al Cristo, era  
el joven Pedro Vicente.  
Cristiano fiel y buen hijo  
nunca más dicha soñó  
que el hogar donde nació  
y el culto del Crucifijo.  
Mas, á la ciudad un día  
se vió obligado á marchar,  
dejándose en el lugar  
todo lo que más quería.  
Con desaliento profundo  
sintióse Pedro, al partir,  
débil para resistir  
las tentaciones del mundo,  
y acudió con fe sencilla,  
lleno de cristiana unción,  
á implorar la protección  
del Cristo de la capilla.  
—Señor, dijo compungido,  
pues que rigores del hado

me llevan de vuestro lado  
concededme lo que os pido.  
Dadme voluntad que enfrene  
el fuego de mis pasiones;  
dadme los copiosos dones  
que la Caridad contiene.  
Dadme cristiana elocuencia  
para abatir la maldad;  
dadme, en la dicha, humildad,  
y en la desgracia, paciencia.  
Nunca en mi silencio apoyo  
halle el injusto tirano,  
ni de ver deje un hermano  
en el hijo del arroyo.  
Y siempre vuestra bondad  
divina, mi pecho aliente  
contra la impura corriente  
del vicio y de la impiedad.—  
El Cristo de la Agonia  
oyendo al joven piadoso  
se dignó darle amoroso  
todo lo que le pedía.  
Y de su costado abierto  
principiaron á brotar  
mil virtudes que el altar  
dejaron pronto cubierto.  
De tal prodigio asombrado,  
humilde, Pedro, y confuso,  
á recoger se dispuso  
aquel tesoro sagrado.  
Mas, viendo que no podía  
tanta riqueza guardar

corrió á su casa á buscar  
una caja que tenia.  
Volvió, y el santo presente  
guardó en ella satisfecho,  
y se la puso en el pecho  
de rica cinta pendiente.  
Luego del Cristo divino  
humilde se despidió ;  
besó la cruz, y tomó  
de la ciudad el camino.  
Ya en ella, pudo apreciar  
que su codiciado bulto,  
entre aquel pueblo tan culto  
era propenso á estorbar ;  
pues en estrechos pasajes,  
sin la menor intención,  
pegó más de un tropezón  
con ilustres personajes,  
y hasta llegó, por su mal,  
á derribar en la acera  
á un Ministro la cartera  
y el bastón á un General.  
Al fin, de la caja huían  
todos, y el grande y el chico,  
del importuno Perico  
que estaba loco, decían.  
Y él, queriendo poner tasa  
á situación tan aleve,  
se dijo : —Pues, lo más breve,  
es dejar el bulto en casa,  
y así ninguno sabrá  
si soy creyente ó ateo;

amén á todo y *laus Deo*,  
¿quién conmigo reñirá?--  
Mas, luego, su cobardía  
conoció, y todo perplejo,  
decidió pedir consejo  
al Cristo de la Agonía.  
Allá se marchó derecho,  
en la capilla se entró  
y ante el Cristo se postró  
llevando la caja al pecho.  
Confuso y avergonzado  
iba ya á exponer su cuita  
cuando la imagen bendita  
habló del Crucificado,  
y le dijo: —Yo, que leo  
en tu corazón, Vicente,  
tengo, con dolor, presente  
lo indigno de tu deseo.  
Si al tesoro que te di  
vida cómoda prefieres,  
libre, por mi gracia, eres,  
puedes dejártelo aquí.  
Mas, no olvides, si cobarde  
capitulas con el vicio,  
que allá, en el postrer juicio,  
si me llamas, será tarde.  
Esclavos de sus pasiones  
los hombres van á la muerte  
y habrás de seguir mi suerte  
si á su malicia te opones.  
Pues sólo porque la luz  
les di de santas doctrinas

me coronaron de espinas  
y me clavaron en cruz.  
Si en tu pecho un santuario  
al bien y á la virtud das,  
clavado no morirás,  
pero tendrás tu calvario;  
porque ya el humano enjambre  
que en la tierra fructifica,  
al justo no crucifica,  
lo deja morir de hambre.  
Deja la caja, si al suelo  
te inclinas y á sus placeres;  
si llevar la caja quiéres,  
mártir subirás al cielo.  
Si aquí placer, allí penas,  
si allí gloria, aquí pasión,  
escoge, por tu elección  
te salvas ó te condenas.—  
Y añade luego la historia  
que cuando al Cristo escuchó,  
Pedro la caja abrazó  
diciendo: ¡ Señor, tu gloria!





## *La Esposa del Arquitecto.*

### I

Sobre la clave del puente  
que de San Martín se llama  
se ve, mirando á Poniente,  
en mármol blanco y luciente  
el busto de gentil dama.  
Quién es, y por que está allí,  
dice tradición añeja ;  
la diré como la oí,  
aunque no me conste á mí  
lo cierto de la conseja.  
No hallaba entonces rival  
Toledo, del arte emporio,  
y en ella, con pompa real,

era Don Pedro Tenorio  
Arzobispo y Cardenal.  
La guerra, en tiempo pasado,  
aquel puente destruyó,  
y el generoso Prelado  
reedificarlo mandó  
á un arquitecto afamado.  
Oro sin tasa vertía  
el purpurado magnate;  
el tiempo veloz corría,  
y al fin, al puente dió un día  
el arquitecto remate.  
Y al artista el Cardenal  
dijo, mirando el portento  
de aquel arco colosal:  
—A su luz sólo es igual  
la luz de vuestro talento.  
Eterna vuestra memoria  
vivirá de gente en gente,  
y alzarán á vuestra gloria  
himnos en letras la historia,  
himnos en piedras el puente.—  
Y el buen pueblo toledano  
por las laderas y el llano  
afanoso se extendía  
y al arquitecto aplaudía  
como á genio soberano.  
Mudo el artista escuchó  
del Prelado las razones,  
confuso se retiró,  
y el pueblo le acompañó  
con vivas y aclamaciones.

## II

No bien penetró en sus lares  
el arquitecto abatido  
y cesó el sordo ruido  
de los gritos populares,  
sentóse junto á una mesa;  
la sien apoyó en la mano,  
contemplando absorto un plano  
cuyo estudio le interesa.  
Y tras largo meditar  
exclamó: —¡Mi fama ha muerto!  
Mi error, por desdicha, es cierto;  
nada me puede salvar.  
Sin honra vivir no puedo;  
yo las cimbras quitaré  
y aplastado moriré  
ante el pueblo de Toledo.—  
Su faz trastornó el efecto  
de mental perturbación  
cuando entró en la habitación  
la esposa del arquitecto,  
que justamente alarmada,  
con lágrimas en los ojos,  
quiso de aquellos enojos  
saber la causa ignorada.  
El raudal de su ternura  
calmó del artista el duelo

que le mostró, sin recelo,  
la causa de su amargura.  
—Sólo quien como tú ama,  
dijo, sabrá disculparme  
cuando se acerque á insultarme  
ese pueblo que me aclama.  
Un error, ya sin remedio,  
hoy en el puente he notado,  
dos sillares he trocado  
en el gran arco de en medio.  
Y de tan torpe manera  
ajusté la clave arriba  
que todo su peso estriba  
en la armazón de madera.  
Llegará el fatal momento  
en que las cimbras se quiten  
y no habrá fuerzas que eviten  
un espantoso hundimiento.  
Yo me hundiré con el puente;  
el Tajo me arrastrará  
y mi memoria será  
vituperio de la gente.—  
Creció en la esposa el cuidado  
y el cariño del esposo  
que si le amaba dichoso  
le idolatró desdichado.  
Alma noble en mujer fuerte  
que, apenada de escucharle,  
ya sólo pensó en librarle  
de la deshonra y la muerte.

## III

Rueda en nubes oscuras embozada  
la noche silenciosa  
y duerme en la penumbra sepultada  
la ciudad populosa.  
Ni una luz, ni un acento, ni un ruido  
se mira ni se siente,  
sólo el Tajo, de lluvias acrecido,  
revélase imponente.  
Lentos golpes los ecos dilataron  
de doce campanadas,  
cuando en una calleja se escucharon  
rumores de pisadas.  
Sombra ó fantasma que infundir pudiera  
al más valiente espanto,  
se ve hacia el Tajo descender ligera  
envuelta en negro manto.  
No le infunde temor la espuma hirviente  
que invade la ribera;  
audaz llega á tocar del nuevo puente  
las cimbras de madera.  
Sobre la seca pira resinosa  
un líquido derrama,  
descubre una linterna misteriosa,  
y aplícale su llama.  
Y en tanto al pino, con terrible imperio,  
el fuego lame y muerde,

huye la sombra con igual misterio  
y en las calles se pierde.  
Cuando leves reflejos de la aurora  
se alzaban en Oriente ,  
destruida la cimbra protectora  
se hundió el hermoso puente.  
Nadie logró saber si el inaudito  
suceso inesperado ,  
producto fué de caso fortuito  
ó crimen meditado.  
Y en tanto el arquitecto se admiraba  
del hecho providente  
que su vida y su crédito libraba  
de un peligro inminente ;  
con mano liberal de nuevo abría  
sus arcas el Prelado ;  
llamaba al arquitecto, y disponía  
que el puente fuera alzado.

#### IV

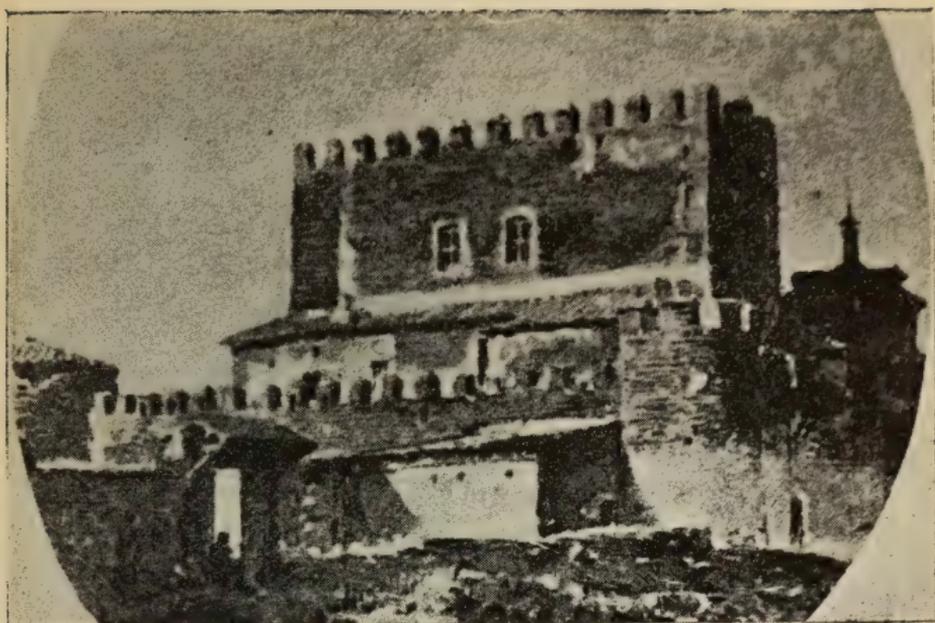
Largos meses pasaron, ya el puente terminaba cuando al buen arquitecto nueva desdicha hirió, á la sin par esposa que con el alma amaba una grave dolencia la vida arrebató. Ya en su lecho de muerte, con voz desfallecida, —un secreto, le dijo, te voy á revelar: yo fui la que una noche, para salvar tu vida, de San Martín el puente me decidí á incendiar.—

Murió luego, y guardando revelación tan grave,  
el buen artista en mármol su busto retrató  
y en el arco de en medio, sobre la altiva clave,  
con mano temblorosa llorando le fijó.

Tal es de la leyenda la narración curiosa  
que yo relato ahora como contarla oí,  
si algún lector la juzga conseja fabulosa  
abónala el retrato que el puente guarda allí.







## *El Castillo de Guadalupe*

---

### I

Del décimo primer siglo  
mediaba el último tercio;  
reinaba en Toledo Yáhia,  
y en los castillos fronteros  
de su reino, que batían  
las armas de Alfonso sexto,  
destacó jefes bizarros  
en bravas lides expertos,  
nobles, prudentes, altivos,  
de belicoso denuedo,  
que en cien batallas probaron  
el buen temple de sus pechos.  
Entre las negras montañas

que al sur del morisco reino  
cierran el paso al extraño  
se oculta un valle risueño,  
y guardando la garganta  
que á su llanura da acceso  
se alzaba una fortaleza  
cuya defensa y gobierno  
por el Rey Yáhia tenía  
un bizarro caballero,  
de noble sangre nacido,  
joven, gallardo y apuesto,  
tan bien quisto de los grandes  
como querido del pueblo,  
y de las moras más bellas  
estimado por discreto.

Era su nombre Abenámar;  
quien en sus años más tiernos  
vió sucumbir á su padre  
en un combate sangriento,  
y descender al sepulcro,  
herida del dolor luego,  
á su buena y dulce madre,  
quedando en el mundo huérfano  
con un hermano, aún más niño,  
Hasán nombrado, por bello.

A los lazos de la sangre  
unió la desgracia en ellos  
nuevos lazos que estrecharon  
comunes gustos y el tiempo.  
Jamás Hasán y Abenámar  
vivir ausentes pudieron;  
que en la guerra y en las paces

eran un alma y dos cuerpos.  
Aquel era del castillo  
lugarteniente primero,  
compartiendo con su hermano  
la vigilancia y el riesgo  
que los tiempos demandaban  
de aquellos duros guerreros.  
Ningún temor presentían;  
nada turbaba su sueño;  
que unidos por tales lazos  
eran los peligros menos.  
Así dichosos vivían,  
así los años corrieron,  
sin que una nube empañara  
la pureza de su afecto.

## II

La tarde en calma declina;  
el sol corriendo á Occidente  
traspone por la colina,  
y alegre cruza el ambiente  
la parlera golondrina.  
Pasó Mayo con sus flores;  
vino el otoño templado;  
dando sus frutos mejores;  
en los huertos, el granado,  
y la vid, en los alcores.  
De gala viste el castillo;

flámulas y gallardetes  
prestan á sus torres brillo,  
y del abierto rastrillo  
surgen apuestos jinetes.  
Lucen en brutos pujantes  
bordadas sillas brillantes  
con petrales y caireles;  
rojos llevan los turbantes  
y blancos los alquiceles.  
Poniente el sol reverbera  
en la dorada estribera;  
brillan los frenos de plata,  
y descende la ladera  
la lucida cabalgata.  
Camina el primero Hasán,  
y en diez nevados corceles,  
de vivo y noble ademán,  
siguiendo sus huellas van  
diez arrogantes donceles.  
En correcta formación  
marcha luego el escuadrón  
que Abenámar rige y guía,  
cuando otra hueste venia  
en opuesta dirección.  
Mueve el caballo lozano  
de sus donceles seguido  
Hasán, galopando el llano,  
hasta ponerse cercano  
del grupo desconocido.  
Y al mirarse frente á frente  
de los que van á su encuentro  
sintió nublarse su mente

y salirsele latente  
el corazón de su centro.  
Y es, que bajo de un turbante  
de blancura deslumbrante  
se le mostró, de improviso,  
el hechicero semblante  
de una hurí del paraíso.  
Flor que en los ricos pensiles  
del Betis creció dichosa,  
es en sus tiernos abriles  
cáliz que puro rebosa  
en encantos juveniles.  
Tez de nieve, dulces ojos  
azules, claros y bellos,  
labios delgados y rojos,  
blondos y largos cabellos  
que al mismo sol dan enojos.  
¡Quién que la dulzura viera  
de su apacible mirada  
sospechara ni creyera  
que un alma de fuego hubiera  
en aquel cuerpo de hada!  
Es hija de Aben-Kadia,  
noble que en Andalucía  
es Alcaide de una fuerza,  
y por esposa la envía  
al señor de Guadalerza.  
Hasán turbado la mira,  
ella se acerca á su lado,  
enamorada suspira,  
le llama su bien amado  
y el pobre joven delira.

Abenámar llega en esto  
y del suceso advertido,  
á su pesar, frunció el gesto,  
pero se repuso presto  
pues todo un error ha sido.  
Zoraida, la linda mora,  
que nunca á Abenámar viera,  
conoce su engaño ahora  
y se acerca seductora  
al esposo que la espera.  
Y aunque veló su intención  
los afectos que sentía  
llevó la equivocación,  
á su cara la alegría  
y el luto á su corazón.  
Burlándose de su error,  
al lado de su señor,  
al castillo va la hermosa,  
donde no la hará dichosa  
de Abenámar el amor.  
Y en pos de los dos esposos  
los dos amigos cortejos  
van unidos y vistosos  
para celebrar, gozosos,  
los preparados festejos.  
Ya, de la pasada escena  
repuesto Hasán, marcha en calma  
con faz alegre y serena,  
llevando oculta su pena  
en lo profundo del alma.  
Las bodas se celebraron  
con inusitado brillo;

todos alegres gozaron ;  
sólo tristes se miraron  
dos almas en el castillo.  
La grata fiesta acabó ;  
el cortejo andaluz luego  
contento se despidió,  
y el castillo recobró  
su misterioso sosiego.

### III

Es el amor magnético fluido  
que el alma humana por los ojos bebe,  
la embarga, y lleva su ponzoña aleve  
al corazón, que se le rinde herido.  
Fórmase en él su predilecto nido ;  
la sangre inflama que el latido mueve  
é inunda todo el ser, que deja en breve,  
á sus bárbaras leyes sometido.  
Ni yugo sufre, ni razón consiente,  
ni el temor le detiene, ni hay abismo  
que no salve, con fe siempre creciente.  
Encerrado en su pérfido egoísmo,  
sólo espera curar el mal que siente  
en la insana pasión del amor mismo.

## IV

Sintió de ese mal extraño  
Hasán la ingrata dolencia  
y se propuso en la ausencia  
hallar remedio á su daño.  
Se fué á la guerra y buscó  
en los combates la muerte,  
pero, piadosa la suerte  
su existencia respetó.  
Pasó el tiempo y no pasaba  
la dolencia que sentía  
porque el mal de quien huía  
consigo mismo llevaba;  
siendo tal su aberración  
que, ya despierto ó soñando,  
estaba siempre mirando  
la causa de su pasión.  
Y, al fin, juzgando locura  
que la experiencia desmiente,  
al amor que el alma siente  
buscar en la ausencia cura;  
sintió sus penas crecer  
y de la lucha vencido,  
como vuelve el ave al nido  
pensó al castillo volver.  
Allí, se dijo, extasiado  
mientras escucho su acento,  
si muero de sentimiento  
podré morir á su lado.

Luego, resuelto, tomó  
en su caballo el camino  
y esclavo de su destino  
al Guadalerza marchó.  
Seis meses han transcurrido  
desde que Hasán lo dejara,  
y por coincidencia rara  
en ese tiempo ha sufrido  
Zoraida mal tan cruel,  
que por extraña manera  
se han trocado en flor de cera  
sus mejillas de clavel.  
Una nostalgia sombría  
dejó su pecho sin calma  
y tendió un velo en su alma  
de triste melancolía.  
No hallaba en su enfermedad  
alivio, paz ni reposo,  
y alejada de su esposo  
buscaba la soledad.  
Únicamente olvidaba  
aquel doloroso afán  
cuando del ausente Hasán  
alguna nueva escuchaba.  
Y Abenámar que notó  
aquel extraño cuidado,  
con el pecho destrozado  
amargos celos sintió;  
y entre prudente y confuso  
acordó disimular  
su desdicha, y á esperar  
los sucesos se dispuso.

Así las cosas, un día  
de Marzo, triste y lluvioso,  
cuando con rostro medroso  
el sol su luz escondía,  
al Guadalerza llegó  
un bien armado guerrero  
que con acento altanero  
á la poterna llamó.  
Era Hasán, y al conocerle  
sus antiguos servidores  
por patios y corredores  
todos salieron á verle.  
Oyó Zoraida gozosa  
la nueva de la llegada  
y á un ajimez asomada  
le saludó cariñosa.  
Y cuando fué del suceso  
Abenámar avisado,  
se sorprendió, contrariado  
del imprevisto regreso.  
Pero, prudente, ocultó  
el enojo que sentía,  
buscó á Hasán, fingió alegría  
y en sus brazos le estrechó.  
A Zoraida se reunieron;  
y en el castillo después  
¡cuántos afectos los tres  
ocultaron y fingieron!  
Que en mentida confianza  
moraban bajo su techo  
con la borrasca en el pecho  
y en el rostro la bonanza.

## V

Fué recobrando de Zoraida hermosa  
la tez de nieve y rosa  
sus antiguos colores y alegría;  
de Hasán al corazón volvió la calma;  
sólo creció en el alma  
de Abenámar la duda que sentía.  
Ya dormido soñara, ya despierto,  
por el contorno incierto  
de un horrible fantasma perseguido  
ciego y celoso se creyó burlado,  
por su hermano engañado  
y por la esposa que adoró vendido.  
Trocóse su carácter apacible  
en brusco é irascible;  
velaron sombras su semblante adusto;  
vió en Hasán un rival siempre en acecho  
y herido del despecho  
trató á Zoraida con rigor injusto.  
Ella, infeliz, esposa sin ventura,  
devoró la amargura  
que el contrario destino le ofreciera,  
viendo crecer el fuego miserable  
de aquel amor culpable  
que en hora infausta por Hasán sintiera.  
Ya del trato del joven separada  
en su cuarto encerrada

por orden de Abenámar residía,  
hiriendo el aire con lamentos vanos,  
mientras los dos hermanos  
se odiaban con más fuerza cada día.  
Tanto como Abenámar indiscreto,  
falto Hasán de respeto,  
con altiva fiereza se miraban,  
que si el uno de amor enloquecía,  
el otro se moría  
de los celos que el alma le abrasaban.  
Aumentaba de Hasán el sufrimiento,  
más que el propio tormento,  
la prisión de Zoraida, y atrevido,  
queriendo poner fin á sus afanes,  
iba tejiendo planes  
que burlaba la astucia del marido.  
Cansado al fin, sin freno ni cordura,  
no hallando en su locura  
medio de hablar ni ver á la que amaba,  
al pie del ajimez donde vivía,  
una noche sombría  
dulce guzla pulsó y así cantaba.

## VI

Bellísima castellana  
en cuya frente lozana  
se refleja la mañana  
con su máspreciado albor;

oye los cantos de amores  
con que llora tus rigores  
al pie de tus miradores  
un rendido trovador.

Abre ya tu celosía  
y escucha la guzla mía  
que hará con dulce armonía  
tu pecho de amor latir;  
óyeme, ninfa hechicera,  
esbelta y gentil palmera,  
cuya rubia cabellera  
envidia el oro de Ofir.

Salga á calmar mi querella  
de tus ojos la luz bella,  
que no hay un sol ni una estrella  
que compita con su luz;  
huri de labio riente,  
hija del Betis luciente,  
rica perla del oriente,  
maga del suelo andaluz.

Pluguiera no conocerte  
cuando al dolor de no verte  
aún puede añadir la suerte  
otro tormento mayor;  
si al fin de mi amante empeño  
ha de gozar otro dueño  
las venturas con que sueño,  
el morir fuera mejor.

## VII

Llevó pausado el viento  
las suavísimas ondas de armonía  
que arrancaba del músico instrumento  
la mano que lo hería,  
y huyó, cruzando la región vacía,  
del tierno trovador el dulce acento.  
Reinó el silencio luego  
y en solemne reposo sumergido  
el castillo quedó; letal sosiego  
sepultaba la vida en hondo olvido  
y nadie sospechara  
que hubiera un ser entre sus negros muros  
que de amorosas trovas se cuidara.  
Mas, allá en los oscuros  
huecos de un ajimez, blanca figura  
fantástico contorno dibujaba,  
dejando percibir, mal reprimidos,  
sollozos de amargura,  
que la canción, del pecho le arrancaba.  
Y de una enhiesta almena  
en la sombra velado, verse pudo,  
dominando la escena,  
un rostro torvo, descompuesto y mudo  
que en largo acecho con afán seguía  
cuanto al pie de la torre sucedía.  
En los ángulos huecos

del solitario patio resonaron  
los misteriosos ecos  
de los pasos de Hasán , que se alejaba ,  
del ajimez las puertas se cerraron  
y el hombre que espiaba  
en las altas almenas escondido ,  
un profundo gemido  
ronco , cual grito de salvaje fiera ,  
arrancó de su pecho cavernoso  
y se hundió , silencioso ,  
en la entrada de lóbrega escalera.  
Pasó breve la noche ,  
y apenas en Oriente la mañana  
tímida abrió su pudoroso broche  
de rosicler y grana ,  
cuando una trompa de marciales sonos ,  
por expreso mandato del caudillo ,  
á la plaza desierta del castillo  
llamó de la mesnada los peones.  
Muy pronto congregados  
se vieron descender por la pendiente ,  
de Abenámar regidos y guiados ,  
y no bien la corriente  
atravesaron del cercano río  
se detuvieron en el verde llano ,  
junto á una fuente que entre lirios brota ,  
y allí , con hábil mano ,  
un alarife delineó el cimiento  
de una casa de bellas proporciones  
cuyas robustas tapias y machones  
en breve alzaron , con oculto intento.  
Cuando vió concluido

su proyecto Abenámar, más humano,  
dió un instante sus penas al olvido,  
á la nueva mansión llamó á su hermano  
y allí, á solas, le dijo conmovido:  
—Sólo el recuerdo santo  
de la mujer piadosa  
que amante y casta nos llevó en su seno,  
pudo en mi pecho tanto  
que á mi pasión celosa  
sedienta de tu sangre puso freno.  
Aún eras débil niño  
cuando en el duro trance de la muerte  
te estrecharon sus brazos con cariño,  
y angustiada, temiendo por tu suerte,  
volvió á mí su semblante moribundo  
y, con voz que apagaba la agonía,  
me dijo: «Ya en el mundo  
huérfano y sólo queda, tú, su guía,  
faltando yo, serás y su consuelo;  
mi tierno Hasán á tu cuidado fío;  
ampáralo, hijo mío,  
y te dará su bendición el cielo.»  
Cumplí fiel, y á tu vida  
desde entonces mi amor he consagrado;  
tu conciencia, de cómo me has pagado,  
respuesta, acaso, te dará cumplida.  
Por nuestra santa madre te perdono  
el daño que me has hecho;  
de hoy más, ahogado quedará en mi pecho  
de mis amargos celos el encono.  
Pero, nunca profanes  
mi perturbado hogar con tu presencia

ni provoquen mis iras tus desmanes;  
aquí tu residencia  
tendrás lejos de mí, sin atreverte,  
ya te impulse el amor ó ya el hastío,  
á indagar los problemas de mi suerte,  
y piensa bien que encontrarás la muerte  
si cruzas la corriente de ese río.—  
Inmóvil y turbado  
quedóse Hasán, sin proferir respuesta;  
y al recobrar su natural estado,  
vió la grave figura del caudillo  
alejarse, subir la agreste cuesta  
y entrar por la poterna del castillo.

## VIII

Creció en Hasán el tormento  
de aquel amor infinito  
cuando en su conciencia el grito  
se alzó del remordimiento.  
Presa de extrañas visiones  
en su retiro vivía  
entregado noche y día  
á tristes meditaciones.  
Pasaba el tiempo, y sus penas  
sólo se calmaban cuando  
se extasiaba contemplando  
del castillo las almenas;  
que á través de su locura

en ellas soñaba ver  
el rostro de una mujer  
de celestial hermosura.  
La noche le sorprendía  
en tan penosa ansiedad  
y en su negra obscuridad  
cual sudario le envolvía.  
No alcanzó poder bastante  
al tiempo la ausencia unida  
para restañar la herida  
de aquel corazón amante.  
Y al fin, llorando su suerte,  
sintió de la vida tedio,  
sin hallar otro remedio  
á sus males que la muerte.  
Logró, mientras tanto, el alma  
de Abenámar olvidar  
sus celos, y halló en su hogar  
si no la dicha, la calma.  
Y en su condición mudable  
pensaba tan diferente,  
que ya juzgaba inocente  
á la que creyó culpable.  
Halló Zoraida piedad  
en el ofendido esposo  
que le otorgó generoso  
la perdida libertad;  
dando con esto ocasión  
al amor, que estaba alerta,  
á penetrar por la puerta  
que abriera la compasión.  
Hábil mujer, esgrimía

sus gracias más seductoras  
en cuyas redes traidoras  
preso Abenámar vivía.  
Nada en ella revelaba  
de amor oculto el tormento  
y él á su lado contento  
del peligro se olvidaba.  
Nunca, la bella, tomó  
de Hasán el nombre en los labios  
y el esposo sus agravios  
á perdonar se inclinó.  
Juzgó que sacar debía  
á su hermano del destierro  
en que purgando su yerro  
un año pasado había;  
pero, del mal conjurado  
temió la vuelta, y dudó,  
á tiempo que recibió  
del Rey un pliego cerrado.  
Yáhia, con frases que el miedo  
dictó, —venid, le decía:  
todo su poder envía  
Castilla contra Toledo.  
Corred, que en bélico apresto  
arde la ciudad, ganosa  
de abatir la enseña odiosa  
del ingrato Alfonso sexto.—  
Sintió Abenámar hervir  
la sangre en sus venas, fiero,  
tomó sus armas ligero  
y se dispuso á partir.  
Llamó á Osmán, viejo soldado,

y así le dijo: —En mi ausencia,  
de tu valor y prudencia  
todo lo dejo fiado.

Guarda el castillo, vigila  
á Hasán y á Zoraida cela;  
de sus pasos, siempre en vela,  
Argos será tu pupila.

Adiós; y ten la certeza  
que si la fe que te abona  
torpe ó infiel me traiciona,  
responderá tu cabeza.

## IX

Partió el noble Capitán  
y á sus razones perplejo  
y aturdido quedó Osmán,  
porque el cariño de Hasán  
era la dicha del viejo.

Le vió nacer, y á su lado  
huérfano luego creció,  
de dulces goces privado,  
y el fiel y rudo soldado  
cual tierno padre le amó.

A su cariñoso celo  
debió Hasán en su mansión  
muchas horas de consuelo,  
que disipaban el duelo  
de su triste corazón.

Siempre disculpar sabía  
los más absurdos errores  
en que el joven incurría,  
y de Abenámbar tenía  
por injustos los rigores.  
Fué la imprevista mudanza  
rayo de dulce esperanza  
para el corazón de Hasán,  
que vió trocarse su afán  
en aurora de bonanza.  
Pintó con vivos colores  
á Osmán su infeliz historia;  
le ponderó sus dolores,  
é invocó de sus mayores  
la respetada memoria.  
Aumentaba la violencia  
de aquella pasión vehemente  
del buen Osmán la imprudencia,  
llevando á Hasán, con frecuencia,  
nuevas de Zoraida ausente.  
Él mismo llegó á olvidar  
el peligro que corría,  
y el joven pudo apreciar  
que al seducirle, tenía  
poco camino que andar.  
Discreta y artificiosa  
fué, mientras tanto, la hermosa,  
explotando con cautela  
la sencillez candorosa  
de su viejo centinela.  
Débil con Zoraida y blando  
con Hasán, fué su indiscreta

conducta, tal fruto dando,  
que concluyó tolerando  
una entrevista secreta.  
Llegó la noche esperada  
y Hasán, con paso seguro,  
buscó, por senda excusada,  
cierto postigo del muro  
que al castillo daba entrada.  
Abrió, temblando, la puerta;  
en el patio silencioso  
penetró, con planta incierta,  
subiendo, al fin, cauteloso,  
una escalera desierta.  
Transcurrió, breve, un instante,  
cuando, por el lado opuesto,  
en un potro jadeante,  
trepaba el agrio recuesto  
un caballero arrogante.  
Al pie del muro llegó  
con el potro de la brida  
y al centinela llamó,  
que á una seña convenida  
la entrada le franqueó.  
El mismo Abenámar era  
que al entregarle el bridón  
le dijo, calla y espera;  
tomando sin dilación  
la entrada de la escalera.  
Sufrió, cuando estuvo ausente,  
tan pavorosos desvelos,  
que en su perturbada mente  
siempre llevaba presente

el fantasma de sus celos.  
Faltóle calma y aliento  
para sufrir el tormento  
de aquel bárbaro martirio  
y en alas de su delirio  
se ausentó del campamento.  
Quiso por sus ojos ver  
si la hechicera mujer  
que con el alma quería,  
sumisa estaba al deber  
ó perjura le vendía.  
Nadie vió por las calladas  
estancias cruzar su sombra,  
ni en las bóvedas cerradas  
dejó resonar la alfombra  
el eco de sus pisadas.  
Exploraba precavido  
en las tinieblas medrosas,  
cuando percibió su oído  
un vago rumor perdido  
de palabras misteriosas.  
Creyó que á sus pies faltaba  
la tierra cuando avanzaba  
mudo, pálido y absorto,  
con paso trémulo y corto  
á donde el rumor sonaba.  
De un aposento la puerta  
traspasó, y á los distintos  
rayos de una luz despierta,  
sus ojos en sangre tintos  
vieron su desdicha cierta.  
Rugió como tigre fiero;

en su mano poderosa  
febril empuñó el acero,  
y al corazón de la esposa  
dirigió golpe certero.  
Hasán, con noble osadía,  
detuvo el brazo á su hermano,  
mientras turbada, sin guía,  
la infeliz Zoraida huía  
presa de delirio insano.  
Subió la estrecha escalera  
de una torre, siempre viendo,  
en fantástica quimera,  
detrás, sus pasos siguiendo,  
al marido que vendiera.  
A las almenas llegó  
y cuando cerca miró  
aquel fantasma celoso,  
saltó de la torre al foso  
donde la muerte encontró.  
Cuando huyó la infeliz mora,  
Hasán, con valor sereno,  
le dijo á su hermano: —Ahora  
hunde la punta en mi seno  
de tu espada vengadora.  
Si sed de sangre te aqueja,  
en mí venga tus agravios,  
que si tu mano me deja  
sin vida, no habrá en mis labios  
ni un suspiro ni una queja.  
—Para saciar la sed mía,  
Abenámar respondía,  
hay poca sangre en tus venas;

larga será tu agonía  
como son grandes mis penas.—  
Llamó la guardia y severo  
llevó al aturdido mozo  
á su mansión prisionero,  
asegurando primero  
á Osmán en un calabozo.  
Luego, por experta mano  
y con aviesa intención,  
hizo grabar, inhumano,  
una fúnebre inscripción  
con el nombre de su hermano.  
Llevóle á Hasán, diligente,  
la escrita piedra, y le dijo:  
—Aunque tu amor no consiente  
en que estés aquí, de fijo,  
que estarás eternamente.—  
Salió, dejando cerrada  
la puerta, y á la mesnada  
ordenó con imperioso  
acento, que sin reposo  
fuera la casa enterrada.  
Cumplióse con tal porfía  
aquel feroz sacrificio  
que cuando el sol se ponía  
sólo un cerro se veía  
donde estuvo el edificio.  
Luego en la cumbre se vió  
también un suplicio alzado  
y en él su culpa expió  
el buen Osmán, que expiró  
inhumanamente ahorcado.

Mudo silencio y tristura  
en las gentes del castillo  
extendió la noche obscura,  
mientras tomaba el caudillo  
su caballo y armadura.  
Partió sin más compañía  
y á la luz del nuevo día  
vió, desde un monte cercano,  
que ya á Toledo ceñía  
el ejército cristiano.  
Falto de seso y cordura  
entrar quiso por la fuerte  
línea, y halló en su locura,  
en una lanza la muerte  
y en el Tajo sepultura (2).





## *La Torre de la Malmuerta*

---

### I

Hay en Córdoba una torre  
llamada de la Malmuerta  
cuyo origen se remonta  
á cinco siglos de fecha,

y á la cual dieron el nombre  
que, como entonces, hoy lleva  
en memoria de un suceso  
que á la gente cordobesa  
llenó de espanto y de luto  
según las crónicas caentan.  
Reinaba el tercer Enrique  
en Castilla, y por su Alteza  
la noble ciudad regía  
un Conde de edad proveccta,  
cuyo escudo, no heredado,  
con tenantes y cimeras  
de su dueño pregonaba  
el valor y las proezas.  
Jugó al veterano Conde  
el ciego amor mala treta  
y locamente prendado  
de Doña Clara de Herrera,  
joven que si cumplió quince  
los veinte mayos no cuenta,  
casó con ella, olvidando  
aquel adagio que enseña  
que unión de viejo y de niña  
graves peligros encierra.  
Era la joven esposa  
tan recatada y honesta  
que nunca halló la malicia  
punto vulnerable en ella.  
Mas, como á un viejo marido  
bastan sus propias flaquezas  
para ver en todas partes  
celos, dudas y sospechas,

fueron en el matrimonio  
las dichas tan pasajeras,  
que si el alba las vió vivas  
la noche las lloró muertas.

## II

Marchitas las rosas  
del semblante bello,  
rojas las pupilas  
del llorar sin cuento,  
perdonando ofensas  
que injustas la hirieron,  
la infeliz esposa,  
con amante empeño,  
le juraba al Conde,  
una vez y ciento,  
que nunca turbaron  
su tranquilo pecho  
sombras ni fantasmas  
de impuros deseos.  
Sus frases sencillas,  
su rostro sereno  
do el candor rielaba  
como en limpio espejo,  
su voz persuasiva,  
su dolor intenso,  
eran para el alma

de su ingrato dueño  
disimulos torpes  
de pecados ciertos.  
Y el tiempo pasaba  
con rápido vuelo,  
y aquellos deslices,  
jamás descubiertos,  
tan hondo turbaron  
del Conde el cerebro,  
que, el freno perdido  
de humanos respetos,  
tan sólo anhelaba  
sacar del misterio  
la oculta, hasta entonces,  
razón de sus celos.  
Llegó á su noticia  
que al cabo del pueblo  
en calle apartada  
de mísero aspecto,  
moraba una vieja  
que en artes secretos  
trataba, encontrando,  
con mágico acierto,  
la clave escondida  
de ocultos sucesos.  
Envuelto en su capa,  
calado el sombrero,  
cuando ya tendía  
sus crespones negros  
la callada noche,  
penetró en silencio  
por el paso obscuro

de un portal estrecho  
solitario el Conde:  
se acercó resuelto  
á una angosta puerta,  
llamó y desde dentro  
—¿quién es? preguntaron.  
—Soy un caballero  
que hablaros pretende,  
dijo aquél, y luego  
por la entrada lóbrega  
del postigo abierto  
penetró en la estancia;  
cerraron de nuevo,  
y en silencio triste  
se quedó desierto  
el recinto obscuro  
del portal estrecho.

### III

Conducido el Conde  
por la mano de negra criada,  
cuyo cano y motoso cabello  
de sus años la suma delata,  
llegó hasta una puerta  
á través de la cual se escapaba,  
con tenues reflejos,

acre tufo de cera quemada.

—Entrad, dijo aquélla,  
y esperad, que vendrá sin tardanza  
mi dueña y señora.—

Y alejóse, dejando cerrada  
la puerta, y el Conde  
se halló en una estancia  
de muros enanos,  
de bóveda chata,  
revestida de negras bayetas  
y en ellas pintadas  
toscamente, de negro y pajizo,  
calaveras y tibias humanas,  
signos misteriosos,  
animales de formas extrañas,  
inmundos reptiles,  
de beleño simbólicas plantas,  
y trepando, sutil y asquerosa,  
por do quiera, la vil salamandra.  
Cuatro velas de cera amarilla,  
humeando y ardiendo rehacias,  
la estancia medrosa  
entre luz y tinieblas dejaban.

Valiente era el Conde,  
mas, sintió, con visión tan ingrata,  
vacilar, de estupor, un instante,  
el sereno valor de su alma.

Repuesto ya y solo,  
sin temor á pueriles patrañas,  
fué leyendo los rótulos breves  
de redomas, y frascos, y cajas  
que, en orden perfecto,

de paredes y techos colgaban.

Espinas de erizo,  
de la hiena feroz las entrañas,  
viboreznos de chatas cabezas,  
de la arpía la lengua y las alas,  
ceniza del fénix,  
de la nutria los pies y la grasa,  
del caimán los sesos,  
del tejón la garra,  
del mortal basilisco la cola,  
de la sierpe cabeza y escamas,  
veneno de áspid  
que súbito mata,  
del lince los ojos,  
del ciervo la taba,  
del ahorcado la soga y las uñas,  
la piedra que guardan  
en su nido las águilas negras  
y del perro rabioso la baba.

Opio, belladona,  
beleño, mostaza,  
ruda, adormideras,  
mandrágora, salvia,  
belesa, cicuta,  
marrubios, algalia,  
hierba mora, romero, melisa,  
cebolla albarrana,  
con mil untos y filtros dispuestos  
por el arte y saber de la maga.

De improviso aquélla,  
cual si oculto poder la evocara,  
se presenta al Conde

que paróse, suspenso, á mirarla.

Era una morisca  
de cetrino color, y en su cara  
las huellas del tiempo  
muy visible dejaron su marca.

Túnica amarilla  
con simbólicas letras bordadas,  
al talle sujeta  
por cintillo que sedas esmaltan,  
de mangas perdidas  
y arrastrando la cola, no escasa,  
con negra coroza  
que el nevado cabello ajustaba,  
tal era su traje;

y en la mano varilla de plata,  
talismán de secretas virtudes,  
á un anillo con arte engarzada.

Sentóse en un trípode,  
murmuró misteriosas palabras  
y, hablad, dijo al Conde,  
la sibila propicia os aguarda.

#### IV

Se acercó el Conde altanero  
la mano puesta en la daga  
y, —sabed, dijo á la maga,  
lo que busco y lo que quiero.

Yo aquí buscando he venido  
la verdad de cierto arcano,  
si la descubre esa mano  
sabré ser agradecido.  
Oro os daré á manos llenas;  
mas, si llegáis á engañarme,  
no ha de bastar á pagarme  
la sangre de vuestras venas.  
Casé con joven señora  
y desde aquel mismo instante  
sólo he visto en su semblante  
huellas de que sufre y llora.  
Aunque dice que me ama  
con mucha duda lo creo;  
que no es feliz, bien lo veo  
por el llanto que derrama.  
Pero, me falta saber,  
y en eso estriba mi empeño,  
si tiene más grato dueño,  
que, al fin, mi esposa, es mujer.  
Decidme, pues, la verdad,  
que, feliz ó desdichado,  
quiero salir de este estado  
de dudas y de ansiedad.—  
Tomó un tazón la hechicera  
lleno de un líquido rojo  
en que nadaba á su antojo  
una astilla de madera.  
Luego, una vela amarilla  
de las que estaban ardiendo,  
entregó al Conde, diciendo:  
—Echad gotas en la astilla.

Y si llegáis á contar  
el número que imagino  
cuando en este pergamino  
yo un signo llegue á trazar,  
será favorable indicio,  
y así, contad con cuidado.—  
Mas, no bien hubo acabado  
la pitonisa su oficio  
cuando contó treinta y tres:  
—Basta, dijo la hechicera;  
propicio sobremanera  
el oráculo nos es.  
Sentáos junto á esta mesa  
de este espejo cara á cara  
y en él, de manera clara,  
veréis cuanto os interesa.  
Bebed este filtro ahora,  
y á su mágico poder,  
sabréis si vuestra mujer  
os engaña ú os adora.

## V

Sentóse el Conde, y luego que el filtro hubo bebido  
fijó en aquel espejo mirada y corazón;  
allá, en su limpio fondo se vió reproducido,  
sin que otra cosa alguna llamara su atención.

Poco á poco sus miembros en laxitud creciente perdieron la energía de su calor vital; sopor irresistible cayó sobre su frente, latiendo sus arterias con ritmo desigual. Sus ojos dilatados inmóviles seguían clavados en la luna de aquel espejo infiel; objetos, luz y sombra reunidos confundían; todo pasaba ante ellos confuso y en tropel. Luego, en tranquila calma, como cadáver yerto, en lánguido colapso todo su ser quedó, en tanto que en su mente juzgaba ver despierto que el fondo del espejo más claro se mostró. Y vió una rica sala cuyos objetos varios puertas y colgaduras creyó reconocer, y cifras enlazadas en sillas y en armarios donde su propio nombre pudiérase leer. Y una mujer hermosa también aparecía en lánguido abandono cabe gentil galán; mentidas ilusiones que el filtro producía en el tenaz delirio de su celoso afán. Y el Conde estremecido reconoció en la bella que así le traicionaba la esposa á quien amó, y en el apuesto joven que allí estaba con ella algún rostro, no extraño, que en otra parte vió. Tremenda sacudida sus nervios dispararon ya libres del efecto de aquel filtro ruin, sus miembros lentamente la vida recobraron y á su normal estado miróse vuelto al fin. Todo cuanto en el sueño, por su desdicha viera, lo reputó por cierto, ruginde de dolor; un repleto bolsillo dejóle á la hechicera, corriendo á su morada cual ángel vengador.

Subió loco á la estancia de la infeliz Condesa que aún le esperaba, sola, rezando en un sitial; rezo que ahogó en sus labios la criminal sorpresa garganta y pecho heridos del rápido puñal. Pronto sembró el espanto el crimen inaudito que fué de boca en boca corriendo la ciudad; prendieron luego al Conde por tan atroz delito pidiendo al Rey castigo sin tregua ni piedad. El pueblo todo quiso rendir de amor tributo á la infeliz esposa que al seno de Dios fué, y nobles y plebeyos vistiéronse de luto hasta que sobre el crimen el Rey su fallo dé.

## VI

No tardó el Rey Don Enrique en conocer la tragedia que arrebató en flor la vida á Doña Clara de Herrera, y queriendo de su celo en todas partes dar muestra, corrió á juzgar por sí mismo á un miembro de la nobleza que manchó su nombre y fama de tan criminal manera. Arribó, tras breves días, á la ciudad cordobesa,

y abierto, al punto, el juicio,  
que abonaba su presencia,  
examinados despacio  
los testigos y las pruebas,  
no habiendo duda ni sombra  
que empañara la inocencia  
de la infeliz Doña Clara,  
y visto que si fué muerta  
por el Conde su marido  
éste fué víctima ciega  
de los celos, avivados  
por artes de una hechicera,  
vengando así su deshonra  
que, aunque en sueños, miró cierta;  
presentes los acusados,  
dictó el Monarca sentencia.  
A la morisca, culpada  
de practicar magia negra,  
siendo la causa del crimen,  
se la condenó á la hoguera.  
Y al Conde le dijo el Rey.  
—Vuestra esposa fué mal muerta,  
en castigo de tal culpa  
hundiréis vuestra vivienda  
y allanando los escombros  
se alzaré, á vuestras expensas  
en el solar una torre,  
tan robusta como bella,  
y será mudo testigo  
que á las gentes venideras  
contará vuestras desdichas  
pregonando mi clemencia.

Y para que unidos vayan  
estos sucesos á ella,  
se llamará desde ahora  
la TORRE DE LA MALMUERTA (3).





## La Piedra Escrita.

Es una curiosa historia:  
tan sólo nos queda de ella  
una confusa memoria,  
un cerro junto al Marbella  
y una inscripción mortuoria.  
Ya veinte siglos lejana  
va la fecha de mi cuento,  
cuando, frente á Baniána,  
el cerro prestaba asiento  
á la *Iponombia* romana.  
Octavio el mundo regia,

que á larga paz dió su nombre,  
el genio del mal dormía  
y á recibir al Dios Hombre  
la tierra se disponía.

Pueblo Iponombia pequeño  
cuya frente cobijaba  
un cielo siempre risueño,  
la vida en él resbalaba  
como delicioso sueño.

Moraba allí la doncella  
Vibia, de sangre patricia,  
muy celebrada por bella,  
aunque nunca fué propicia  
fortuna en bienes con ella.

Pasó sus años mejores  
oyendo el ruego importuno  
de rendidos amadores,  
sin que lograra ninguno  
el premio de sus favores.

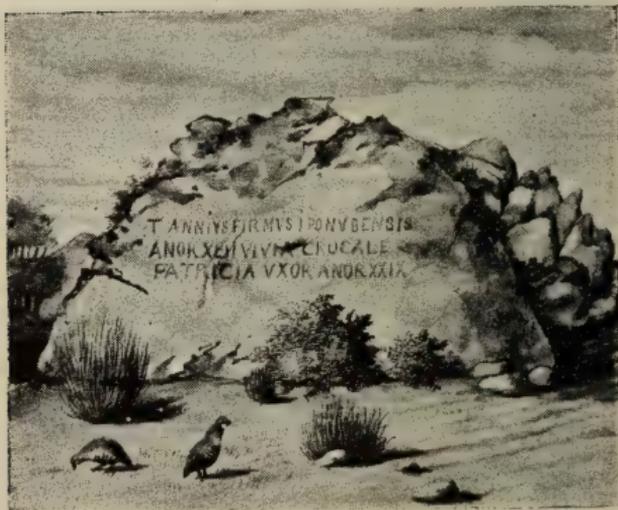
¿No amaba Vibia? Sí amaba;  
mas, cuidadosa el secreto  
de su cariño guardaba,  
que era un esclavo su objeto  
y amando se deshonraba.

Tito, que siervo nació,  
robaba su pensamiento;  
hacerle libre soñó,  
mas, era pobre, y su intento  
nunca de sueño pasó.

Marchita ya su belleza  
y loca de amor, al cabo  
hizo, con brava entereza,

renuncia de su nobleza  
y esposa fué del esclavo.  
Mas, pronto su aberración  
lloró Vibia arrepentida,  
que en su marital unión  
quedó sierva de por vida  
y esclava su sucesión.  
Su dolor no tuvo igual  
cuando del amo brutal  
conoció el bárbaro empeño  
de ser, á su antojo, dueño  
de su lecho conyugal.  
Invocó la ley en vano;  
que el legislador romano  
tan inicuas las hacía,  
que el siervo allí no tenía  
ni la condición de humano.  
Sintió de la vida horror  
y en su altivez, digna esposa,  
quiso morir con valor  
antes que mancha afrentosa  
cayera sobre su honor.  
Llegó la noche callada  
y al irse con Tito al lecho,  
dándole ejemplo esforzada,  
exclamó, hiriéndose el pecho,  
¡Muera Vibia y muera honrada!  
Al verla Tito morir  
sintió radical mudanza,  
nueva luz miró lucir,  
y dijo: —¿por qué sufrir,  
si así libertad se alcanza?—

Besó luego el rostro inerte  
de Vibia, tomó sereno  
el puñal que la dió muerte,  
tu suerte, dijo, es mi suerte,  
y lo sepultó en su seno.  
El pueblo, á piedad movido,  
dió á los dos un solo entierro,  
y tan respetado ha sido  
que aún vemos al pie del cerro,  
en viva peña esculpido,  
un letrero singular  
que sus nombres acredita,  
y hoy, la fosa y el lugar  
se llaman: LA PIEDRA ESCRITA  
y el CERRO DEL MINGUILLAR (4).





No esperes que le amortajen  
á guisa de caballero  
con cincelada armadura  
y guantelete de hierro  
sujetando la ancha espada  
á lo largo de su cuerpo.  
Ni oirás de sordos clarines  
notas que rasguen el viento,  
ni crujir de roncós parches,  
ni tronar de bronces huecos.  
Llevará á la sepultura  
ceñido traje flamenco,  
flor al ojal, abanico  
y coleta de torero.  
De golfos y de chulapas  
le seguirá gran cortejo  
cantando *El Santo de Isidra*  
y *La Vuelta del Vivero*.  
Echado en la común fosa  
mi Patria, por mausoleo  
le dará, mofa y olvido,  
maldiciones y desprecio.  
Ven, tú, siglo de las glorias,  
y de los hermosos cuentos  
que anécdotas y noticias  
nos guardan de tus guerreros,  
uno dime, que entretenga  
la sed que siente mi pecho  
de cosas grandes, que hoy busco  
y en ninguna parte veo.  
De aquel valeroso y noble  
Conde de Cabra, que al cuello

de Boabdil echó en Lucena  
la cinta del prisionero,  
refiéreme por qué causas  
en un castillo sujeto,  
por largos meses, le tuvo  
otro magnate, que luego  
no acudió á dar del agravio  
satisfacción en el reto.  
¿Fué felón aquel magnate?  
Ni lo afirmo ni lo niego;  
que los felones han sido  
fruto de todos los tiempos,  
aunque en tus gloriosos días  
eran, por fortuna, ellos  
tan escasos, como han sido  
en otros siglos los buenos.

## II

Capitán acreditado  
de valiente y aguerrido,  
de la envidia corroído,  
de la soberbia picado;  
nada celoso en guardar  
del honor el santo fuero,  
dicen que fué el caballero  
Don Alonso de Aguilar.  
Gozar el favor del Rey  
y en la andaluza comarca  
no encontrar Feudo ni Marca

que no sufriera su ley,  
fué de su insana ambición  
el más halagado sueño,  
que, á veces, hizo pequeño  
y falso su corazón.  
Frontero de sus estados,  
deudo suyo y gran caudillo,  
de inexpugnable castillo  
tras los muros almenados,  
un digno Conde moraba,  
espejo de la nobleza,  
cuyas glorias y riqueza  
el de Aguilar envidiaba.  
Conde amado de su grey,  
de los grandes respetado  
y de mercedes colmado  
por la voluntad del Rey.  
Un nuevo favor real  
acreció su valimiento  
sumando un nuevo tormento  
á su vecino y rival,  
que, despechado y celoso,  
por envidia de tal gloria,  
manchó su nombre y su historia  
con un hecho deshonroso.  
Del bravo Conde heredero,  
de caballeros dechado,  
sin segundo en lo esforzado,  
en gentileza el primero,  
era Don Diego; un doncel  
que de la sangre agarena,  
hizo, más tarde, en Lucena,

alfombras á su corcel.  
A este varón singular,  
con estudiada perfidia,  
hizo blanco de su envidia  
el rencoroso Aguilar;  
é invitándole, traidor,  
á su fortaleza un día,  
donde una fiesta se hacía  
de otra persona en honor;  
le sentó á su mesa, y luego,  
como un bandido ruin,  
en la sala del festin  
hizo prender á Don Diego.  
En una torre encerrado,  
por largos meses, le tuvo,  
hasta que, á su antojo, obtuvo  
promesa del secuestrado  
de darle compensaciones  
si en libertad le ponía;  
cuantas Aguilar pedía  
con especiosas razones;  
jurando el buen caballero  
que, si á su pacto faltaba,  
á retornar se obligaba  
al castillo prisionero.

### III

Allá en la rica Baena  
y en una lujosa estancia

de aquel castillo, que mira  
á sus pies volar las águilas,  
sobre un sillón de respaldo,  
que entre primorosas tallas  
ostenta en altos relieves  
las nobilísimas armas  
de los Fernández de Córdova,  
reposa el Conde de Cabra.  
Su brazo diestro, doblado,  
en el del sillón descansa  
y apoya la noble frente  
sobre la rugosa palma.  
Ropilla de luto viste,  
y las sombras de su cara  
dicen bien, cuán tristes sean  
los pesares que le embargan.  
Pensando está en aquel hijo,  
gloria y honor de sus canas,  
que preso en obscura torre  
un miserable maltrata,  
cuando, abriéndose la puerta,  
vió, con sorpresa que arranca  
dos lágrimas á sus ojos,  
á aquel hijo de su alma,  
sano y libre, que á su cuello  
los fuertes brazos enlaza.  
Contó, Don Diego, á su padre  
de aquella su prisión larga  
detalles, que el noble viejo  
oyó trémulo de rabia,  
y al conocer el rescate  
que, con mengua de su casa,

por dejar libre á su hijo  
Don Alonso le reclama,  
y el sagrado juramento  
y la solemne palabra  
que exigió al joven cautivo  
de retornar, sin tardanza,  
á la prisión, si aquel pacto  
el Conde no cumple y guarda;  
alzó sentida protesta  
de la conducta villana  
del de Aguilar, y la expuso  
ante el trono del Monarca,  
para que la real justicia  
árbitra fuera en su causa.  
Examinó el Cuarto Enrique  
las pruebas de la demanda  
y declaró nulo el pacto,  
relevando, por su gracia,  
del juramento á Don Diego,  
que sin volver al Alcázar  
de Aguilar, cobró su honra  
de caballero sin tacha.  
Ya libre, Don Diego, y suelto  
de compromisos y trabas,  
acudió como valiente  
al terreno de las armas,  
escribiendo sus agravios  
en el hierro de su lanza,  
donde lavarse pudieran  
con sangre de las entrañas  
de aquel felón, su enemigo,  
á quien con un paje manda

un cartel de desafío  
donde de infame le trata  
y á fiera lucha de muerte  
en campo neutral le emplaza.  
Llegó á noticia del Rey  
el nuevo giro que daban  
aquellos nobles inquietos  
á discordias, que las plazas  
fronterizas dividían  
con peligro de la Patria,  
y bajo terribles penas  
de deshonor y de infamia  
les prohibió que en los dominios  
á donde su cetro alcanza,  
ni en ciudad ni en campo yermo,  
para reñir se juntaran.  
No desmayó el de Baena,  
y buscando tierra extraña  
donde luchar, fué á pedirla  
al Rey moro de Granada,  
Muley Hacén, que á tal ruego,  
vino pronto en otorgarla  
en su corte, señalando  
para una fecha cercana  
la celebración del reto;  
y luego, por nueva carta,  
hizo al de Aguilar Don Diego  
saber cómo le esperaba,  
en el convenido día,  
ante la corte africana,  
bajo el asilo seguro  
de la regia salvaguardia.

## IV

—Sultana de Andalucía  
que Muley Hacén adora,  
prez de la caballería;  
¿por qué galas, á porfía,  
hoy viste tu corte mora?  
¿A qué festejos, no oídos,  
tus damas y caballeros,  
de seda y oro vestidos,  
se encaminan, asistidos  
de esclavas y de escuderos?  
¿Por qué dejan su morada  
tus augustos soberanos?  
—Es que se apresta Granada  
á ver la lid, concertada,  
entre dos nobles cristianos.—  
Corre la lucha á admirar  
toda la corte agarena,  
disputando, sin cesar,  
unos, por el de Baena,  
otros, por el de Aguilar.  
Del palenque en derredor  
tal el concurso derrama  
joyas, cintas, luz, color,  
que parece que se inflama  
de un sol de Agosto al calor.  
Toman, en rico tablado,

los Jueces del campo asiento;  
llega el momento esperado,  
y el público lanza al viento  
un murmullo prolongado.

Cesa el rumor; los Sultanes  
por rica tribuna, asoman,  
de bordados tafetanes,  
saludan, y asiento toman  
sobre mullidos divanes.

Un clarín bélico suena;  
la plaza gana de un salto  
el adalid de Baena

y á galope corto y alto  
corre la cercada arena.

Su brava y noble apostura  
muestra en el galán paseo,  
mientras su rica armadura  
quiebra del sol la luz pura  
con vívido centelleo.

Negro el caballo, aplomado  
de remos, de ancas crecido,  
ancho el brazo y descarnado,  
terso el vientre y recogido,  
liso el casco y acopado.

Andaluz, de sangre ardiente,  
alto y enarcado el cuello,  
ojos vivos, ancha frente,  
lanzando en gruesa corriente  
sus ollares el resuello.

Tiende la crin desdeñosa  
al céfiro que la riza,  
y con fuerza poderosa

gira en los pies y entra en liza  
con vuelta viva y graciosa.  
Alta en el ristre la lanza,  
el acicate al castigo  
dispuesto, busca y no alcanza,  
Don Diego, á ver su enemigo  
ni se explica su tardanza.  
A un paje suyo mandó  
que al de Aguilar llame á voces,  
y aunque sonora vibró  
corriendo en ondas veloces,  
nadie á la voz respondió.  
El concurso, ya impaciente,  
mostraba su descontento;  
sonaba la voz potente  
repitiendo el llamamiento,  
sin que llegara el ausente.  
Ya, tras un monte lejano,  
ocultaba el sol su fuego,  
cuando en el palenque, ufano,  
entró un paje de Don Diego  
con un retrato en la mano.  
Era la imagen copiada  
de Don Alonso, que atada  
á la cola del bridón,  
fué luego, sin compasión,  
por el palenque arrastrada.  
Levantó sordos rumores  
el deshonroso castigo  
entre los espectadores,  
que allí, de muchos señores  
era Don Alonso amigo;

y á poco, en caballo fiero,  
un valiente abencerraje  
saltó la valla ligero;  
vengar queriendo el ultraje  
del ausente caballero.

Disputas, que el aire encienden,  
se traban; las damas gritan;  
Sultán y Jueces se ofenden,  
y guardias, que el choque evitan,  
al bravo guerrero prenden.

El Rey fulminó indignado  
sentencia contra el intruso  
que sus leyes ha violado,  
y que muriera dispuso  
allí mismo degollado.

Ya la sentencia cruel  
iba á cumplirse, y Don Diego,  
bajando de su corcel,  
logró el perdón, con su ruego,  
del valeroso doncel.

Los Jueces fallo dictaron  
en la lid, no consumada,  
y por leyes que invocaron,  
á Don Diego declararon  
vencedor en la jornada.

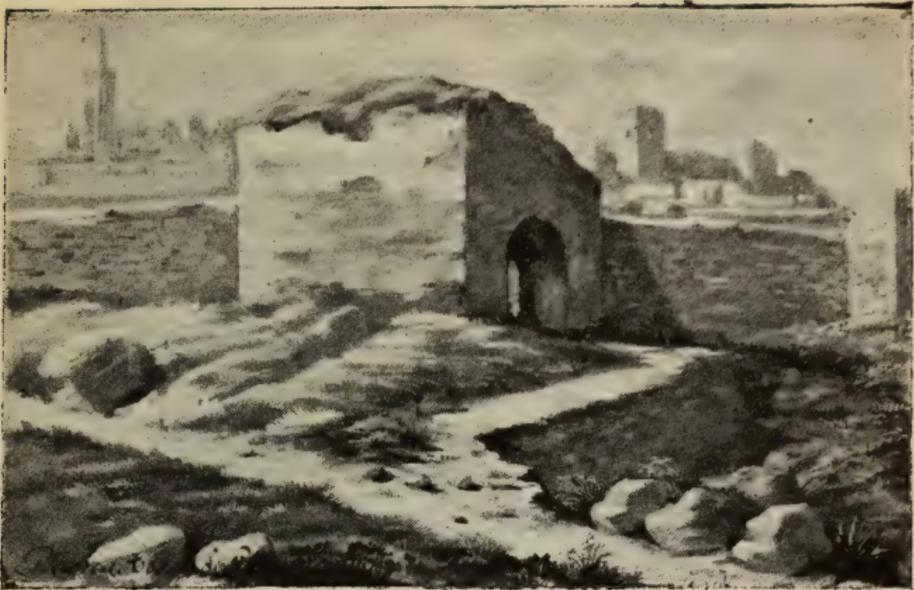
Diéronle en un pergamino  
copia notarial del fallo;  
besó del Rey granadino  
la mano, y en su caballo  
tomó de vuelta el camino.

Llegado á su fuerte villa  
hizo que nadie ignorara

en el reino de Castilla,  
cómo lavado quedara  
de su pasada mancilla.  
Y aquí, del noble Aguilar,  
decir se debe, en conciencia,  
que si el hecho de negar  
al reto aquel su presencia  
nunca supo disculpar,  
fué de bravura notoria;  
y en las guerras con el moro  
tan invicto, que la Historia  
erigió en letras de oro  
un monumento á su gloria.  
Tras mil hazañas, murió  
luchando, en triste jornada,  
Sierra Bermeja le vió  
rodar con aquella espada  
que tantas vidas costó (5).







## *La Virgen de Consolación.*

---

### I

Allí, coronando  
la cumbre del cerro,  
de murallas cercada y de torres  
que deshace la huella del tiempo,  
deja ver la vetusta almedina  
la alta torre de gótico templo  
y á su lado, humildes,  
las techumbres de viejo convento,  
y torres fornidas,  
y muros deshechos  
de un antiguo castillo que supo  
abatir á dos Reyes el cetro. (6)  
Ancha torre, que al cauce profundo

del Marbella se asoma con miedo,  
por un viejo arco,  
al cerrado recinto da acceso,  
y bajo la bóveda,  
del muro en un hueco,  
de la Virgen se ve con su hijo  
una imagen pintada en un lienzo.  
El nombre dulcísimo  
á la Virgen le dan del Consuelo,  
pero, nadie sabe  
quién allí la ha puesto,  
ni quién fué el artista  
que á su rostro bello  
animó de la gracia y ternura  
con que mira piadosa á su pueblo.  
¿Queréis que os relate  
con sencillos y fáciles versos  
de la santa Virgen  
la leyenda, que guarda el misterio?  
Pues bien, escuchadme,  
que ya bullir siento  
en mi mente, de tiempos pasados,  
mil confusos y vagos recuerdos,  
y evocada por santos conjuros,  
que inspiraron al bardo sus sueños,  
una vaga sombra  
á mi oído se acerca en silencio  
y en voz baja, que yo solo escucho,  
me refiere la historia que os cuento.

## II

Del mahometano alcaide de Baena  
en el harem, que los eunucos guardan,  
se agitan bulliciosas  
y alegres las esclavas.

De un baño de alabastro,  
como Venus saliendo de las aguas,  
una hermosa doncella  
ruborosa y desnuda se levanta.

Sobre su cuerpo vierten  
perfumes de la Arabia;  
con cendales de lino  
cubren sus carnes, como nieve blancas,  
y con joyantes sedas,  
de bordados en oro recamadas,  
la visten cuidadosas  
á la morisca usanza.

Dobles collares de irisadas perlas  
ciñen á su garganta;  
al desnudo tobillo  
aros ajustan de luciente plata,  
y al brazo, aureas ajorcas  
de rica filigrana.

Es una nazarena  
á sus padres robada

que cual rico presente  
al harem se destina del Monarca.

La luz del nuevo día  
la encontrará camino de Granada,  
porque el baenés caudillo  
gran recompensa de su Rey aguarda.

Triste está la doncella,  
amargo llanto empaña  
los cristales purísimos  
de sus ojos de garza,  
que entre rubor y espanto verá pronto  
bárbaramente su pureza hollada.

Su espíritu batiendo  
de la oración las impalpables alas  
se eleva al cielo y dice:  
—¡ Oh Virgen del Consuelo sacrosanta!

tú, pura entre las puras,  
libra mi cuerpo de lasciva mancha  
y á tí será mi virginal pureza  
por siempre consagrada.—

Mira, y se encuentra sola  
en la lujosa estancia;  
de rodillas y en cruz vuelve á su ruego,  
cuando una hermosa dama  
á ella llega y le dice:

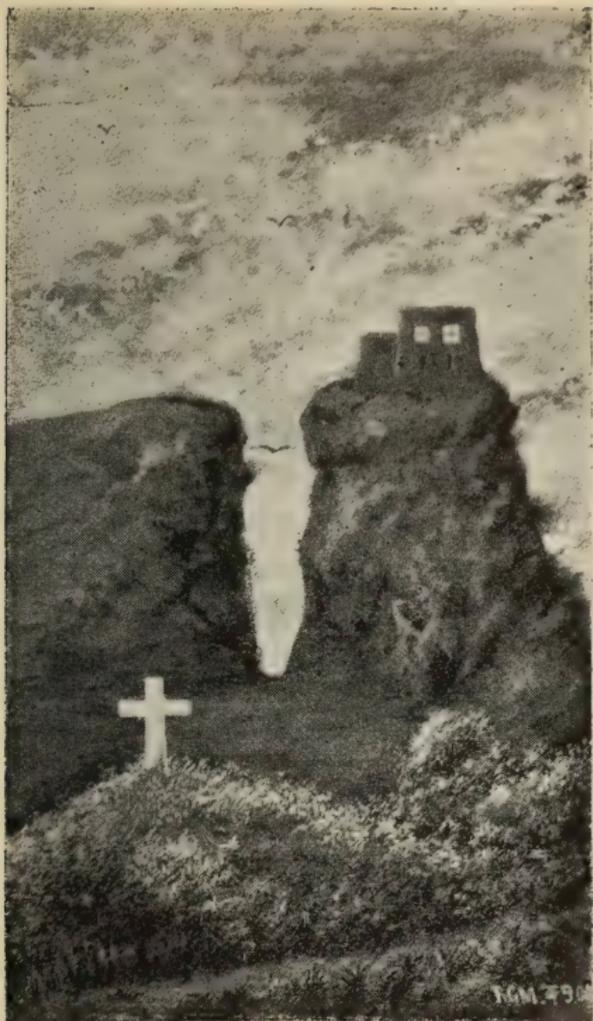
—Ya es hora de que partas;  
sigueme que te esperan.—

Levantóse, temblando, la cristiana  
y de aquella mujer, que parecía  
morisca por su traje y por su cara,  
siguió, muda, los pasos,  
admirando la gracia

con que á su cuerpo se plegaba el traje  
de transparentes gasas.  
En pos una de otra  
atraviesan las puertas del Alcázar  
y siguen luego juntas  
una calle pendiente y solitaria,  
hasta dar en la torre  
que al recinto da entrada.  
Rendida al sueño encuentran  
la numerosa guardia;  
sin ser vistas descienden hasta el valle;  
la matrona se para  
y á la cristiana dice: — Ya estás libre;  
mira á la luz que reverbera el alba  
por el blanco camino  
que de la sierra baja,  
cómo hacia aquí se acerca  
un escuadrón de lanzas;  
es del tercer Fernando  
la temida vanguardia:  
corre á su encuentro, pero no me olvides,  
que mi dulce consuelo nunca falta  
á las almas piadosas  
que de veras me llaman.—  
Despareció la dama como niebla  
que el aire manso arrastra  
y retornó la joven  
pura y libre á su casa.  
Conocido el milagro de la Virgen,  
cuando al moro la villa fué tomada  
bajo del arco que pasar la viera  
el lienzo se fijó que la retrata,

y aun parece que brotan de sus labios  
aquellas sacratísimas palabras  
con que brinda consuelo  
al que humilde la llama.





## *La Cruz de la Roldana.*

---

### I

Allá, donde al Sur acaban  
en la región cordobesa  
de las feraces campiñas  
las onduladas praderas,

alza su mole rocosa  
una gigante cadena  
de montañas azuladas,  
cuyas atrevidas crestas  
suben á sacar el rayo  
del seno de las tormentas.  
Trepando penosamente  
por las abruptas laderas  
sube del valle á la cumbre  
una pedregosa cuesta,  
hasta dar en una villa  
que en escondida meseta,  
de altivas rocas cercada,  
perezosa se recuesta  
como coqueta odalisca  
que harem misterioso encierra.  
Del pueblo á corta distancia  
sobre un risco que bordea  
el escabroso camino  
álzase una cruz de piedra,  
con larga inscripción grabada,  
que las hazañas recuerda  
de una mujer valerosa,  
de aquel Par de Francia émula,  
Roldán, por el que llamaron  
*Roldana* también á ella.  
Más allá, sobre la cumbre  
de un peñasco que rodean  
abismos, que al que los mira  
hacen perder la cabeza,  
se eleva un fuerte castillo,  
atalaya y centinela,

donde la graciosa villa  
tiene segura defensa.  
Es Luque rica y famosa  
en historias y leyendas,  
cuyos valientes caudillos  
fueron los Egas Venegas,  
que con Roldanes y Ayalas,  
Arrebolas y Valeras,  
Jurados, Porras y Ortices  
mantuvieron siempre enhiestas,  
siglo tras siglo, en la altura  
de sus invictas almenas,  
contra el poder mahometano  
las cruces de sus enseñas.  
Nació de los Arrebolas  
una bizarra doncella  
que inmortal hizo su nombre  
con sus inclitas proezas,  
probando, heroica, que en Luque,  
según las historias cuentan,  
al valor de los varones  
no van en zaga las hembras.

## II

Aún no mediaba su curso  
el siglo décimotercio  
cuando las gloriosas armas  
del Rey Fernando Tercero,

después de ganar á Córdoba,  
de triunfo en triunfo corrieron  
desde la margen del Betis  
hasta los riscos luqueños.  
La Cruz extendió sus brazos  
sobre castillos y pueblos  
que bajo el poder musulme  
cinco centurias gimieron.  
Cabra, Porcuna, Baena,  
Morón, Aguilar, Zuheros,  
Osuna, Lucena, Rute,  
Castro, Luque y Hornachuelos,  
se despertaron cristianas  
si moriscas se durmieron.  
Tanta gloria y tal fortuna,  
si á los cristianos dió alientos,  
el odio y sed de venganza  
desbordó en los agarenos,  
que no bien de sus derrotas  
se contemplaron rehechos,  
sobre los pueblos llorados,  
do sus hogares perdieron,  
tornaron, con nuevos bríos,  
y aunque no siempre su esfuerzo  
logró rendir la bravura  
de los alcaides fronteros,  
alguna vez dió la suerte  
á sus empresas el éxito.  
Tocó á Luque tal desdicha  
y al yugo musulmán volvió,  
aún resistió por un siglo  
en su inexpugnable asiento

de los valientes cristianos  
los reiterados asedios.  
Amaneció, al fin, un día  
en que con lucido ejército  
fué sobre la villa heroica  
el Rey Alfonso el Onceno,  
y entre la brava cohorte  
de cristianos caballeros  
que al buen Monarca seguían  
á la batalla dispuestos,  
marchaba una rica hembra,  
un bravo potro rigiendo,  
empuñando fuerte lanza,  
y sobre la espalda suelto,  
escapándose del casco,  
flotante y rubio el cabello.  
Era Isabel de Arrebola,  
cuyo valor y denuedo  
en cien reñidos combates  
fué de varones ejemplo.  
Con un Capitán casada  
prefirió siempre al sosiego  
del hogar, la pesadumbre  
de los marciales arreos,  
y en las peligrosas luchas  
unida á su esposo y dueño  
morir, si el caso llegaba,  
á su lado combatiendo.  
Rivalizó la *Roldana*  
con los más bravos guerreros  
en el asalto furioso  
de aquel castillo soberbio,

hasta lograr su rescate,  
de sangre á subido precio.  
Quiso el magnánimo Alfonso  
poner tal joya á cubierto  
de ataques de la morisma,  
y mejorando sus medios  
de defensa, guarnecióla  
de numerosos arqueros,  
con caudillos que juraron  
defenderla como buenos,  
y á los que colmó el Monarca  
de dones y privilegios.  
Quedó la *Roldana* en Luque  
con su esposo, y allí término,  
con la corona del mártir,  
puso á su inclitos hechos.

### III

Negaba ya sus fulgores  
á los escondidos valles  
el sol, corriendo á Occidente,  
en una apacible tarde  
de la alegre primavera,  
de esas cuyo influjo hace  
llegar á nuestros sentidos  
con fuerza más penetrante  
los aromas de las flores,  
la música de las aves,

los murmullos de las fuentes  
y los rumores del aire,  
cuando, dejando de Luque  
los seguros baluartes,  
un grupo de caballeros  
salió alegre á solazarse  
por las amenas orillas  
de floridos olivares,  
hasta llegar á una fuente  
que á corta distancia nace.  
Isabel iba con ellos,  
sin que ninguno pensase  
en peligros, cosa propia  
de mujeres y cobardes.  
Sentáronse descuidados  
á la cristalina margen  
de la fuente, cuando atónitos,  
vieron que en rápido avance  
se les acercaba un grupo  
de osados jinetes árabes.  
Embargó el peligro en ellos  
todo generoso arranque  
y huyendo cobardemente,  
sin esperar nadie á nadie,  
perseguidos de los moros  
que les iban al alcance,  
lograron los caballeros  
llegar á Luque y salvarse.  
Cansada, Isabel, y sola,  
impedida de su traje,  
se ocultó tras unas peñas:  
pasó la taifa adelante

sin verla, y ya se creía  
salvada, cuando el herraje  
de un caballo, le dió aviso  
de que los riesgos del lance  
aún duraban para ella,  
y á poco, miró acercarse  
al sitio donde se hallaba,  
un moro de mal talante  
que, al verla, refrenó al bruto  
y desnudando el alfanje,  
de dos tajos, ambos pechos,  
entre torrentes de sangre,  
cortó á la infeliz cristiana  
con ferocidad salvaje.

Intentó, de un tercer golpe,  
el noble cuello segarle,  
y ella, burlando el intento,  
saltó ligera, y ganándole  
la lanza, la hundió con furia  
en el pecho del alarbe,  
que, como de un rayo herido,  
á sus pies rodó cadáver.

Tomó la rienda al caballo  
y caminó, desangrándose,  
hasta llegar al castillo  
donde entró, ya vacilante,  
y á poco, cayendo en tierra,  
libre de su humana cárcel,  
á las regiones empíreas  
voló el alma de la mártir.

Así murió la *Roldana*;  
y la tradición añade,

que los menguados amigos  
que en el peligroso trance  
la abandonaron, sintieron,  
de por vida, las tenaces  
garras del remordimiento  
en su conciencia clavarse.  
La historia dice sus nombres;  
mas, bueno será callarles,  
que á castigar tales hechos  
es el silencio bastante (7).







## La Prisión de Boabdil.

### I

De Córdoba en la frontera  
y á Granada ya vecina,  
donde la morisma impera,  
hay una villa altanera  
sobre una fuerte colina.  
Galas ostenta y primores  
de naturaleza y arte,  
paisaje rico en colores,  
fuentes de dulces rumores  
y temible baluarte.  
Por las quebradas saltando  
de su vega fresca y bella,  
cañas y flores besando,

se desliza, murmurando,  
el apacible Marbella.  
Tiende por la sierra hermosa,  
que á su frente se dilata,  
la vid su pompa frondosa  
y la oliva viste airosa  
manto de esmeralda y plata.  
Cual iris rico en colores,  
su campiña placentera  
brilla cubierta de flores  
bajo los vivos fulgores  
que su cielo reverbera.  
En la altura reclinadas  
sus casas, como palomas  
blancas, limpias, perfumadas,  
aspiran, del sol bañadas,  
de sus huertas los aromas.  
Y en la cumbre más erguida,  
de fuerte muro cercada  
y de mil torres guarnida,  
alza su frente atrevida  
la almedina respetada,  
y el castillo poderoso  
con sus puentes levadizos,  
invicto siempre y glorioso,  
terror del bando ominoso  
de los moros fronterizos;  
que nunca en sus algaradas  
osan llegar á la villa,  
que en sus armas blasonadas  
tiene, del moro en mancilla,  
cinco cabezas cortadas.

Signo de sus campeones,  
por muros y torreones  
álzase la Cruz triunfante,  
en amenaza constante  
de los moriscos pendones.  
Y si baten los guerreros  
de la bandera cristiana  
á los alcaides fronteros,  
siempre tiñen sus aceros  
con la sangre musulmana.  
En una noche sombría,  
cuando en los quietos hogares  
la villa toda dormía,  
el castillo disponía  
sus aprestos militares.  
De improviso, rechinando,  
cayó el puente con estruendo,  
y silenciosa marchando,  
fué la mesnada saliendo  
y en la *Placeta* formando.  
Cerróse luego el rastrillo  
y la gente congregada,  
á la voz de su caudillo,  
dejando atrás el castillo,  
rompió la marcha, callada.  
En breve traspasó el muro  
de la villa de Baena,  
y, de la noche en lo obscuro,  
tomó, con paso seguro,  
el camino de Lucena.  
Ya la tierra se alegraba  
con los fulgores divinos

que el bello sol derramaba,  
cuando la hueste llegaba  
á los campos lucentinos.  
Y á sus claros resplandores  
dejóse ver la hermosura  
de los bravos corredores,  
y el brillo, temple y colores  
de su traje y armadura.  
Rompen marcha los primeros,  
con bizarra gallardía,  
mil osados mosqueteros,  
cuyos disparos certeros  
llevan la muerte por guía.  
Y les siguen, arrogantes,  
cuatrocientos caballeros  
sobre corceles pujantes,  
en cuyas armas brillantes  
se parte el sol en luceros.  
No bien pisan atrevidos  
de Lucena los confines  
cuando rumores perdidos  
llegaron á sus oídos  
de belicosos clarines.  
Dan al viento su bandera,  
y el rumor, que suena lejos,  
lleva su planta ligera  
al valle de Algarinejos,  
del Genil en la ribera,  
donde en rudo batallar  
la granadina falange  
de Boabdil y de Aliatar  
hace á la Cruz vacilar

con los golpes de su alfanje.  
Llegan al campo sangriento  
los baenenses escuadrones  
y con ímpetu violento  
arrollan con ardimiento  
los granadinos pendones.  
Tintos van en sangre roja,  
y aunque de coraje ruge  
el bravo alcaide de Loja  
y á contenerlos se arroja,  
no pudo tener su empuje.  
Ni á resistir las descargas  
que los cristianos mosquetes  
lanzan, en hileras largas,  
bastan las finas adargas  
de los árabes jinetes.  
Pierde la vida Aliatar  
bajo el terrible mandoble  
de Don Alonso Aguilar,  
y el Genil se llevó al mar  
el horrible cuerpo inmoble.  
Lucha Boabdil con fiereza,  
y aunque de cerca seguido  
por la morisca nobleza,  
es, con heroica firmeza,  
por los cristianos batido.  
Mira su escuadrónpreciado,  
en confuso desconcierto,  
por todas partes cercado,  
y en lance tan apurado  
cayó su caballo muerto.  
Sólo le resta la vida,

carga que quizás le pesa ,  
y siguiendo la escondida  
ribera que el Genil besa ,  
salvarla quiso en la huída.  
Mas , no bien la marcha emprende  
por un oculto sendero ,  
un cristiano le sorprende ,  
que á sus súplicas no atiende  
y le lleva prisionero.  
De rico botín cargados  
y de laureles ganados  
en lid , do vencer supieron ,  
á su castillo volvieron  
aquellos fuértès soldados.  
Y el Monarca granadino  
trocó la mansión serena  
de su alcázar peregrino  
por un torreón mezquino  
del castillo de Baena. (8)

## II

Miraba desde su torre  
el Rey Boabdil , con tristeza ,  
de Martos y de Alcaudete  
las azules cordilleras  
que la suspirada vista  
de su Granada le vedan ;  
al lado opuesto el paisaje  
de las campiñas extensas ,

lienzo gigante á que sirve  
de marco Sierra Morena,  
y á sus pies el hondo valle  
que fertiliza el Marbella.  
Indiferente y sombrío  
la augusta mirada lleva  
de un lado al otro sin darse  
razón de lo que contempla.  
Dió en su causa la fortuna  
tan veloz y dura vuelta  
que aún no sabe si es cautivo,  
ó si con prisiones sueña.  
¿Cómo en tan menguadas horas  
pudo rodar su grandeza  
desde la encumbrada Alhambra  
al castillo de Baena?  
Ayer Príncipe temido  
de los creyentes, y hoy presa  
de un infiel, que en una torre  
como á siervo le sujeta.  
Miraba el Rey una tarde,  
desde un ajimez, la puesta  
del sol, que en ópalo y grana  
teñidas las nubes deja,  
cuando fijando los ojos  
en un jardín que rodea  
con verde y angosta cinta  
la torre donde se encuentra,  
vió, que cogiendo unas flores  
de olorosa madreselva,  
muy cerca de sí tenía  
una joven hechicera,

cuyas delicadas manos ,  
de rayos de luna hechas ,  
con envidia contemplaban  
las vecinas azucenas.  
Fijó la vista , al acaso ,  
en el ajimez la bella  
y al notar que el Rey la mira  
bajó pronta la cabeza  
intentando retirarse ,  
cuando aquél le dijo : —Deja ,  
nazarena , que mis ojos  
un instante más te vean.  
No aumentes las amarguras  
de un alma que llora ausencias  
y que desde que te ha visto  
es dos veces prisionera.  
Alah , sin duda , te envía  
para alivio de mis penas  
y de tus hermosos ojos  
las abrasadoras flechas  
han penetrado en mi alma  
que ya tuya se confiesa.  
Ámame , cristiana hermosa ,  
y cuando á mi trono vuelva ,  
Boadil será esclavo tuyo  
y tú de Granada Reina. —  
Mirando al Rey compasiva  
la preciosa nazarena  
quiso hablar , pero no dijo  
una palabra su lengua ;  
en tanto que de sus ojos  
desprendiéndose serenas

rodaban, una tras otra,  
sus lágrimas á la tierra.  
Guardó silencio el cautivo;  
cruzó del jardín la puerta  
la cristiana, silenciosa,  
y la noche, que sus negras  
sombras ya tendiendo iba,  
dejó en misterio la escena.  
En vano buscó en el sueño  
Boabdil á sus males tregua  
que el amor y las desdichas  
le persiguen y desvelan.  
Medió la noche y cansado  
de contar las horas lentas,  
cuando ya en todo el castillo  
tan sólo la guardia vela,  
á la ventana se puso  
y vió, que en otra frontera  
una luz se reflejaba  
á través de las espesas  
y cerradas celosías;  
y pensando que tras ellas  
alguien, sin duda, velaba,  
surgió en su mente la idea  
de que allí, por dicha suya,  
y á su recuerdo despierta,  
estaba, llorando á solas,  
la hurí de las madre selvas.  
Tomó su guzla de oro,  
pulsó las delgadas cuerdas,  
y así le cantó á la hermosa,  
con voz de ternura llena.

## III

Azucena—de Baena (9)  
abre tus hojas al sol del día;  
desdeñosa—nazarena  
abre á mi canto tu celosía;  
abre sultana del alma mía.

---

Sultana hermosa de los jardines,  
ramo de mirra, tazón de flores,  
bajo la huella de tus chapines  
nacen rosales, mirto y jazmines;  
en cuyas ramas llenas de olores  
hacen su nido los colorines,  
duermen los genios de los amores  
y buscan sombra los serafines.  
¿Dónde hay belleza de criatura  
que se compare con tu hermosura?  
Tienes el cuello airoso  
de la paloma,  
y el aliento oloroso  
como el aroma;  
tus ojos puros  
son ojos de gacela  
dulces y oscuros.  
Cristiana bella,

por ver un rayo de tu mirada,  
sentir tu aliento, seguir tu huella,  
yo te daría  
el mejor carmen de mi Granada,  
mi mejor torre de Andalucía.

---

Sultana, hermana de las huries  
que los jardines del cielo moran,  
tus dos mejillas son carmesíes  
como granadas que se coloran;  
tus labios rojos como rubíes,  
y me parecen cuando sonríes  
los dientes puros que en sí atesoran  
corderos blancos entre alhelies.  
¿Quién es el hombre que te merece?  
¿Quién la que hermosa te se parece?

Tu cintura es esbelta  
como las palmas,  
tu cabellera suelta  
red de las almas;  
suave tu acento  
como el rumor del agua  
y el son del viento.  
Cristiana hermosa,  
de tus cabellos por solo un rizo,  
por tu sonrisa más desdeñosa,  
yo te daría  
mi castillejo más fronterizo,  
mi mejor puerto de Andalucía.

---

Si tú admitieras, linda cristiana,  
las verdaderas creencias mías,  
á mi suntuosa corte africana  
como mi esposa me seguirías.  
Tendrias fiestas todos los días,  
sortija y toros cada semana,  
y en mis palacios habitarías  
de mis vasallos como sultana.  
¿Quién no te hablara puesto de hinojos?  
¿Quién en tí osara poner los ojos?

Garza sobre una peña  
mal anidada,  
ven conmigo á ser dueña  
de mi Granada.

Vuela sin ruido,  
las torres de la Alhambra  
serán tu nido.

Bella cristiana,  
si te vinieras á ser mi esposa,  
para que fueras sola y sultana,  
yo te daría,  
para tu esclava mi alma amorosa,  
para tu alcázar mi Andalucía.

---

Azucena—de Baena  
abre tus hojas al sol del día;  
desdeñosa—Nazarena  
abre á mi canto tu celosía:  
abre sultana del alma mía.

## IV

Guardaba el Conde de Cabra  
con el Monarca agareno  
las más delicadas formas  
de atenciones y respeto,  
tanto por que sus instintos  
le encaminaban á ello  
cuanto porque así, magnánimos,  
sus Reyes lo dispusieron;  
y en cuanto no se oponía  
al seguro del arresto  
era allí de sus acciones  
Boabdil el único dueño.  
Su edad era aproximada  
á cinco lustros, su aspecto  
gentil y noble, su rostro  
ligeramente moreno,  
y acusaba al hombre ducho  
del harem en los misterios  
su mirar dulce, impregnado  
de tristezas y deseos.  
Gozaba trato continuo  
con los más cercanos deudos  
del Conde, que fué, inconsciente,  
de sus amores tercero,  
y de tal modo marcharon  
en el asunto de acuerdo

la ambición, hija del crimen,  
y el amor, hijo del cielo,  
que ambas pasiones unidas  
en maridaje funesto  
de la cristiana cobarde  
se anidaron en el pecho  
y á renunciar Dios y patria,  
al cabo la decidieron.  
Prometió á Boabdil que huiría  
de aquel castillo, en secreto,  
cuando ya libre en Granada  
él recobrará su reino,  
y allí, conforme á los ritos  
de coránicos preceptos,  
su religión dejaría;  
dichosa con él partiendo  
como Reina y como esposa  
una corona y un lecho.  
Estimó, Boabdil, en tanto  
de aquel corazón el precio  
que, á su vez, quiso dejarle  
de su cariño un recuerdo.  
Se quitó un hermoso anillo  
donde llevaba el real sello,  
grabado en una esmeralda,  
y se lo entregó diciendo:  
—Testigo de mis promesas  
esta memoria te dejo;  
su cifra sobre Granada  
te da de Reina derecho,  
y en Alah y en ti confío  
que muy pronto nos veremos

en la Alhambra, donde juntos,  
olvidando este destierro,  
cumplidas veré en tus brazos  
las venturas con que sueño.—  
Poco después llegó al Conde  
urgente mensaje regio  
ordenándole llevara  
á Córdoba el prisionero  
reuniendo para escoltarle  
lucido y amplio cortejo  
de lo más florido y noble  
en los comarcanos pueblos,  
para honor del real cautivo,  
y honra del propio concepto.  
Pronto de Cabra y Lucena,  
de Aguilar, Luque y Zuheros,  
desplegando lujo y galas  
los jinetes más apuestos  
de la cristiana nobleza  
con el Conde se reunieron,  
y llevando entre sus filas  
al Rey de Granada preso  
se alejaron de Baena,  
llegando á Córdoba luego,  
donde dieron al buen Conde  
muestras de su real aprecio  
los Católicos Monarcas;  
y dada á su misión término  
con la entrega del cautivo,  
el Conde y sus caballeros  
á sus villas y lugares  
retornaron satisfechos.

## V

Quebrantando duras peñas  
de las montañas luqueñas  
feliz el Marbella nace,  
y al romperlas se deshace  
en mil cascadas risueñas.  
Su clara linfa desata  
en azogados espejos,  
manso, su curso dilata,  
y va á perderse á lo lejos  
como una cinta de plata.  
Ya corre el verde camino  
lleno de apacible encanto,  
ya, en furioso torbellino,  
de espumas extiende un manto  
en la rueda del molino.  
Impregnándose de olores,  
sus cristales bullidores  
entre mil huertos desliza,  
donde riega y fertiliza  
árboles, plantas y flores.  
En sus márgenes amenas  
son más bellas las auroras,  
huyen del alma las penas,  
y al que sufre, son las horas

más breves y más serenas.  
En aquel bello lugar,  
apenas el moro ido,  
fué la cristiana á ocultar  
la zozobra y el pesar  
de su corazón herido.  
Resbalaba el tiempo lento  
y más sus penas crecían,  
porque, con doble tormento,  
unidos la perseguían  
amor y remordimiento.  
Y tal crecieron sus males  
con los ensueños venales  
de su temeraria empresa,  
alarmando en la Condesa  
los instintos maternos,  
que en rumbo opuesto las dos,  
mientras la joven impía  
de un crimen volaba en pos,  
la madre, tierna ofrecía  
por ella votos á Dios.  
Ya las delicadas flores  
en dulces frutos cambiaron  
los estivales calores,  
cuando al Marbella llegaron  
dos apuestos corredores.  
Era cortés embajada  
que á la Condesa venía,  
por el Rey Boabdil mandada,  
que ya libre se volvía  
á su reino de Granada;  
en que el Monarca africano,

feliz, antes de cruzar  
el límite castellano,  
solicitaba besar  
á la Condesa la mano.  
La noble dama accedió  
del Rey á las pretensiones,  
mucho en su casa le honró,  
honra que aquél le volvió  
en ricas joyas y dones.  
Y á Francisca, que tal era  
el nombre de la hermosura  
que su corazón venera,  
la dió una hermosa pintura,  
extraña sobremanera.  
No hiciera el regalo honor  
á un moro, que allí pintada,  
Francisca, vió con terror,  
la Faz, humilde y llagada,  
del Divino Redentor.  
Se ausentó Boabdil, y en vano  
luchaba por descifrar,  
la nazarena, el arcano  
que en aquel cuadro encerrar  
quiso el regio mahometano;  
cuando al separar un día  
la tela rica y sutil  
que la tabla revestía,  
vió que al respaldo tenía  
el retrato de Boabdil.  
Enconó el hallazgo tanto  
de aquel corazón la herida,  
que deshaciéndose en llanto

y besando el Rostro Santo  
no era ya su vivir vida.  
Flaca su carne y llagada ;  
de su amor y su pecado  
contrita , si no curada ;  
bajo el cariño y cuidado  
de aquella madre apenada ;  
discretamente asistida  
de un religioso , que en ella  
encendió la fe perdida ,  
buscó , por fin , la doncella ,  
la paz del claustro escondida.  
Y aunque dar castigo pleno  
quiso al retrato , no pudo  
quemarle , que el agareno  
encontró iglesia y escudo  
en la Faz del Nazareno.  
Profesó , y ya religiosa  
cuentan , que en el mismo día ,  
por curación milagrosa ,  
se libró de la infecciosa  
lepra que la corroía.  
La oración , la penitencia  
y los años que corrieron  
acortando su existencia ,  
á Francisca devolvieron  
la calma de la conciencia.  
Ya anciana , miró la muerte  
llegar , con serena calma ;  
dió al suelo su cuerpo inerte  
y á Dios entregó su alma  
en fe y esperanza fuerte.

Y para cerrar la historia  
os diré que, en paz serena,  
de sus despojos la escoria,  
aún guarda losa mortuoria  
del convento de Baena (10).





## Mahomad.

---

### I

Apenas las altas torres  
de la morisca Granada  
coloran sus capiteles  
con los reflejos del alba,  
cuando el Rey Mahomad Segundo,  
que en un overo cabalga,  
á largo trote atraviesa  
la plaza de Bibarrambla,  
de cien alcaides seguido  
que cien pendones levantan  
á cuya sombra congregan  
diez mil valerosas lanzas.  
No de fiestas y torneos  
visten artísticas galas

ni bonetes que coronen  
plumas azules y blancas;  
que entre bélicos arreos  
bruñidos cascos irradian,  
pesados alfanjes ciñen,  
fuertes escudos embrazan  
y el pecho llevan cubierto  
con finas cotas de malla.  
¿Dónde van? Sin duda alguna  
á la frontera cristiana;  
que en intestinas discordias  
Castilla se despedaza  
y apenas si la prudencia  
de su buena madre basta  
á librar al joven Rey  
de traidoras acechanzas;  
mientras los bravos caudillos  
de las fronterizas plazas  
sin socorros y sin gente  
huérfanos de su Monarca,  
habrán de rendir al peso  
de las sarracenas armas  
con sus espadas invictas  
las fuertes villas que guardan,  
dando la vida con ellas  
en servicio de su Patria.  
¡Allá van! Cual torbellino  
los campos queman y talan  
de la villa de Alcaudete  
cuyas sonoras campanas  
tocando al arma coronan  
de guerreros las murallas.

Mahomad sus gentes ordena  
y al asalto se prepara,  
mientras los fuertes cristianos  
sobre la cruz de su espada  
juran vencer en la lucha  
ó morir en la demanda.  
Nubes de aceradas flechas  
cruzan el aire contrarias  
y con sorda gritería  
por todas partes avanzan  
hordas de moros que aplican  
á los muros las escalas.  
Los valientes caballeros  
de la cruz de Calatrava  
uno contra diez combaten  
con indómita pujanza;  
pero se esfuerzan en vano,  
que la fortuna voltaria  
á los árabes da el rostro  
y á los cristianos la espalda.  
Ya ganaron las almenas,  
ya las duras cimitarras,  
de los vencidos que huyen  
en roja sangre se bañan.  
Entran á saco la villa  
y tras horrible matanza  
los hombres llevan cautivos  
y las mujeres esclavas.  
De las torres del castillo  
la enseña de la Cruz baja  
y sube á ocupar su puesto  
la media luna africana.

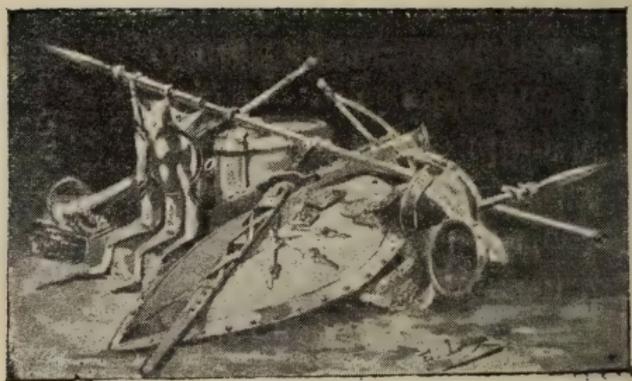
Cambió de señor la villa;  
llegó la noche callada,  
y á los horrores del día  
sucedió, triste, la calma.

## II

Aún no mostraba en Oriente  
el sol sus doradas hebras  
cuando en poder de un alcaide  
el pueblo ganado deja  
Mahomad y toma el camino  
de la villa de Baena.  
Tras breve marcha descubre  
la cristiana fortaleza  
que como nido de halcones  
en la Almedina se asienta,  
donde ve lucir señales  
que llaman á la defensa.  
El atrevido africano  
con grave pompa despliega  
por la llanura vecina  
sus victoriosas enseñas  
con belicoso aparato  
de cajas y de trompetas.  
Los baenenses no desmayan,  
y con las gentes de guerra  
que desde el castillo envía  
el buen Alonso Sahavedra,

los vecinos, animosos,  
aparecen con presteza  
del arrabal en las torres,  
del Campillo en las almenas,  
del Albaicín en el muro,  
de la Calzada en la puerta,  
donde con heroico esfuerzo  
vencer ó morir esperan.  
Feroz es la arremetida  
de las tropas agarenas,  
sangrienta y breve la lucha,  
inútil la resistencia.  
La puerta salta en astillas  
y en la confusión horrenda  
vacilan los defensores  
que hasta el Coso se repliegan.  
¡Victoria! gritan los moros  
y en el Albaicín penetran:  
Mahomad ya dueño se juzga  
de la codiciada presa  
y al Alcázar se dirige,  
cuando la hueste rehecha  
de los valientes cristianos  
con acometida recia,  
á la voz de Payo Arias,  
de Córdoba y de Sahavedra  
y de Martínez Argote  
que marchan á la cabeza,  
á cuchilladas abate  
la media luna soberbia  
que impotente y humillada  
deja la villa que incendia

Tomó Mahomad de Granada,  
escarmentado, la vuelta;  
dos años después moría  
y hasta que bajó á la huesa  
no se borró en su memoria  
el recuerdo de Baena (11).





## La Peña de los Enamorados

---

### I

Es el bravo Don Gómez de Hínestrosa  
un noble caballero  
de aragonesa estirpe, rico y mozo,  
que logra ser por su invencible acero,  
cuando apenas su labio cubre el bozo,

entre los escogidos, el primero.  
Señor de un pingüe estado,  
de gallarda presencia y apostura,  
en las sangrientas lides señalado,  
lleva rica armadura  
con guarniciones de bruñida plata,  
rige el ardor de un andaluz caballo  
que cuando á los contrarios desbarata,  
sobre los moros que su dueño mata  
hunde feroz el callo.  
No hay en Castilla toda  
un caballero que en la lid reñida  
al doncel Hinestroza se adelante,  
ni en la corte aguerrida  
del árabe Monarca de Granada  
hay un alcaide que á esperar se atreva  
el golpe de su espada;  
que al rayo semejante,  
siempre la muerte suspendida lleva  
de su brazo pujante.

## II

Pone cerco á Antequera  
el denodado Infante Don Fernando  
que numeroso ejército acaudilla,  
y sumisa á su mando  
viene á luchar contra el morisco bando

la escogida nobleza de Castilla.

De su corte en presencia

jura el gallardo Infante

en manos del Obispo de Palencia ,

no desnudar las armas un instante ,

hasta dejar plantado por su mano

sobre las altas torres de Antequera

el pendón castellano.

Y poniendo las suyas en el pecho

juran también sus nobles Capitanes

no descansar hasta mirar deshecho

el fuerte muro, que caerá á despecho

de los bravos caudillos musulmanes.

### III

Muralla inexpugnable

la morisca ciudad guarda y rodea ,

y un castillo, de altura formidable ,

en cuya cima ondea

el árabe estandarte de Granada ,

á su defensa vigilante atiende ;

y al ver cómo se extiende

por los sagrados campos del contorno

la altiva enseña de la fe cristiana ,

coronan las almenas ,

sedientas de la sangre castellana ,

las aguerridas tropas agarenas.

Fernando no se abate  
ni mide el riesgo de su grave empresa,  
y al patrio impulso que en su pecho late,  
cual tigre hambriento que atisbó su presa  
se arroja con sus gentes al combate.

Tiembla sorda la tierra  
bajo el choque violento  
que producen las máquinas de guerra  
agitando el cimiento  
de la altiva muralla, do pretenden  
abrir los sitiadores larga brecha  
que el triunfo de sus armas asegure;  
no hay quien morir matando no procure,  
quién arroja la lanza, quién la flecha;  
quién intenta ganar el alto muro  
y con paso inseguro,  
esgrimiendo la espada con la diestra,  
sube ayudado por amigo empuje,  
mientras á la escala que vacila y cruje  
aferra la siniestra.

Y al alcanzar la meta deseada  
logra saber á costa de la vida  
que fué tan peligrosa la subida  
como fácil y pronta la bajada.  
Resisten los sitiados,  
con heroico valor, los repetidos  
asaltos de los bravos sitiadores,  
que de la ruda lucha fatigados,  
regresan á su campo, no vencidos,  
pero sin el laurel de vencedores.

## IV

Cuando el Rey de Granada á saber llega  
el peligro inminente  
en que se encuentra su ciudad preciada,  
un formidable ejército congrega  
y corre diligente  
en socorro del jefe que la guarda,  
pues ya febril su corazón presiente,  
que si un instante tarda  
la llorará perdida eternamente.  
Soñando en la venganza  
cruza veloz los campos de Archidona  
y cuando ve flotar en lontananza,  
sobre el alto castillo de Antequera,  
el pendón africano, que blasona  
la invicta media luna,  
detiene del caballo la carrera  
y bendice su próspera fortuna.

## V

Toca al arma el cristiano  
y avanza en ordenados escuadrones  
al encuentro del moro, con bravura,  
que al rudo galopar de sus bridones

se adelanta, batiendo la llanura,  
hacia los castellanos campeones.  
Cual olas encontradas  
de mar embravecido  
chocan y se confunden con estruendo;  
rechinan las espadas  
sobre el arnés bruñido  
siniestros resplandores despidiendo,  
y al embestir tremendo  
de las bravas falanges de jinetes  
que el estandarte de la cruz levantan,  
ceden campo, vacilan y quebratan  
las africanas turbas de zenetes.  
Prodigio de valor y fortaleza,  
enristrando la lanza poderosa,  
de la hueste cristiana á la cabeza  
va Gómez de Hinestrosa  
que en sangre infiel la banderola tiñe,  
de Ruy López seguido, de Velasco,  
y del Obispo Rojas, que así ciñe  
la mitra como el casco.  
Huyen en dispersión los mahometanos  
del valeroso infante perseguidos  
llevando en su desorden confundidos  
algunos caballeros castellanos.  
En el tropel envuelto  
de aquel irresistible torbellino,  
sin un punto dejar la espada ociosa,  
luchando en vano por abrir camino  
que á los suyos le vuelva, va Hinestrosa,  
hiriendo el vientre del bridón cansado,  
cuando el fatal destino,

que largas desventuras le apareja,  
le lleva á tropezar en un vallado,  
donde el buen caballero  
se ve con el caballo derribado,  
de su rica armadura despojado  
y de sus enemigos prisionero.  
Cuando el valiente Infante echa de menos  
al bizarro doncel, le busca en vano;  
maldice, en su dolor, los agarenos,  
y jura, por su fe de castellano,  
la pérdida, vengar en sangre mora,  
del adalid cristiano,  
que todo el campo con vergüenza llora.

## VI

Jusef Abul Ageh reina en Granada,  
y por su gracia y en su nombre tiene  
la importante custodia confiada  
de un fuerte alcázar que corona el muro  
de la ciudad sagrada,  
el bravo Abén Amir, de ilustre cuna;  
valeroso soldado  
que al rudo golpe de la edad vencido  
en calma goza, de su patria honrado,  
cuando fuerza y vigor perdidos siente,  
la estimación á que le dan derecho

las gloriosas heridas de su pecho  
y las honradas canas de su frente.  
Pero el noble caudillo  
no ama el honor de pasajeras glorias  
ni cifra en las riquezas su ventura;  
que á un objeto más santo y más sencillo  
que despierta en su ser dulces memorias  
consagra su cariño y su ternura.  
Cual alto don del cielo  
guarda Amir un tesoro,  
preciado bien, de su vejez consuelo,  
qué estima más que el oro,  
que colma su existencia de delicias,  
 ngel de amor por quien la vida diera;  
pues cuando siente el moro  
los inocentes besos y caricias  
de su Zaida hechicera,  
olvida sus enojos  
y sueña que del mundo transportado  
descansa en el Edén, acariciado  
por una hur  de celestiales ojos.  
  Zaida! divina aurora,  
p dica flor de mágicos pensiles  
que en sus negras pupilas atesora  
todas las llamas con que el sol se dora,  
todo el amor de diecisiete abriles.  
De sangre abencerraje,  
sola heredera de los claros timbres  
de su altivo linaje,  
cultiva con esmero  
el noble Amir su clara inteligencia,  
procurando calmar, en el severo

estudio de la ciencia  
y en el silencio del retiro austero,  
de sus vivas pasiones la vehemencia.  
Pero la bella mora,  
dando á sus pensamientos otro giro,  
llevada de su mente soñadora,  
guarda en la soledad de su retiro,  
prudente y reservada,  
agradables historias, y nutriendo  
su virgen corazón con su lectura,  
va poco á poco su conciencia pura  
por nuevos horizontes discurriendo.  
Agrádanle primero  
las curiosas leyendas y romances  
en que algún castellano caballero  
lucha valiente en los guerreros lances,  
donde á medida que el peligro toca  
más el valor su corazón inflama;  
mientras con labio fervoroso invoca  
los nombres de su Dios y de su dama.  
Luego se inicia Zaida  
en los misterios que el cristiano adora  
y á su lectura con placer se entrega;  
lágrimas dulces de ternura llora  
cuando en el libro llega  
al doloroso drama del calvario,  
contemplando, piadosa,  
al Hombre-Dios que resignado sube  
la pendiente del Gólgota escarpada,  
herido el rostro, que el sudor afea,  
mezclado con la sangre que gotea  
su cabeza, de espinas traspasada.

Su espíritu se exalta  
cuando aparece en la mortal escena  
la doliente figura de María;  
terror sublime su dolor enfrena,  
y presa de mortal melancolía  
diera la vida por gozar un día  
el amor de la dulce nazarena.  
Torna luego á la calma  
y sueña venturosa  
con un esposo que le dan los cielos;  
ella le rinde el alma,  
él la llama su esposa,  
y en dulce unión, exenta de desvelos,  
bendice al Dios que los declara iguales,  
comparte con su amor dichas y duelos,  
sin que turben impúdicas rivales  
su hogar tranquilo con amargos celos.

## VII

Ya regresa á Granada  
el agareno ejército vencido  
en los sangrientos campos de Antequera  
y lamentando la fatal jornada  
suspenseo y abatido  
el pueblo todo su llegada espera.  
De lanzas rodeado,  
alta la frente, que el dolor marchita,

y á tristes reflexiones entregado,  
llega Don Gómez, y con ronca grito  
pide el bárbaro pueblo su cabeza;  
más, Jusef que conoce  
de su joven cautivo la nobleza,  
por quien alto rescate tendrá un día,  
lo entrega á Abén Amir, su fiel caudillo,  
quien asegura y lleva á su castillo  
la noble prenda que su Rey le fia.

## VIII

En actitud curiosa,  
de Amir en la cerrada fortaleza  
se espera la llegada de Hinestroza,  
y apenas baja rechinando el puente  
acuden con presteza  
al ancho patio jefes y soldados,  
que al verle entrar con grave continente,  
velado el rostro de mortal tristeza,  
seguro paso y ademán altivo,  
suspensos y admirados,  
guardan mudo silencio, subyugados  
por la noble figura del cautivo.  
Oculta y con prudencia  
detrás de su calada celosía  
contempla Zaida, compasiva y muda,  
la gallarda presencia

y el rostro hermoso, que el dolor demuda,  
del joven caballero  
á quien reduce la contraria suerte  
á vivir á su lado prisionero  
en condición más dura que la muerte.  
Latiendo acelerado  
el corazón de la gentil doncella  
y exaltada su ardiente fantasía,  
piensa ver del esposo que ha soñado  
en la figura aquella  
la viva encarnación, por quien daría  
el alma y la existencia,  
y en aras de su amor, inmolaría  
su cariño filial y su creencia.  
Llega el fatal momento;  
gira en sus goznes la pesada puerta  
que abre la entrada de prisión obscura,  
donde penetra, con mirada incierta,  
como en lóbrega y triste supultura,  
el mancebo infeliz, que á hablar no acierta.

## IX

Ya Zaida no reposa;  
ya perdieron sus cándidas mejillas  
las puras tintas de color de rosa;  
sus sienes amarillas  
y el óvalo sutil de sus ojeras

hacen sus negros ojos más sombríos,  
que sueñan, con amantes desvarios,  
en realizar fantásticas quimeras.  
Inquieta y desvelada  
ve transcurrir las noches y los días  
á tristes pensamientos entregada,  
recordando la imagen adorada  
que le roba sus dulces alegrías.  
Todo le causa teñio  
y presa el alma de mortal angustia  
cual flor tronchada se doblega mustia  
sin encontrar para su mal remedio.  
A sus solas recorre  
la muralla y el alto parapeto,  
que ilumina la luz del sol poniente,  
y al llegar á la altura de la torre  
que oculta su secreto  
se detiene, fingiendo indiferente  
que á la vega dirige sus miradas  
contemplando sus cármenes floridos,  
mientras siente llegar á sus oídos  
un rumor de pisadas,  
de dolientes suspiros y de quejas  
que dentro de la torre se percibe,  
y apiadada del alma que allí vive,  
cuyo amor sus sentidos enajena,  
se decide, animosa,  
sufriendo el yugo de su amante pena,  
á inmolarle su vida, generosa,  
ó á romper la prisión que la encadena.  
Tranquila vuelve Zaida,  
entre las sombras que la noche tiende,

á su mansión, y cuando á solas queda,  
con vivo afán emprende  
á tejer una escala con la seda  
que, en abundante copia, Amir destina  
al adorno y labor de sus esclavas,  
y cuando ya vecina  
el alba muestra su color suave,  
rendida al sueño grave  
busca en el lecho tregua á sus dolores,  
ocultando el trabajo, cuidadosa,  
en las ricas alfombras de colores  
donde su cuerpo virginal reposa.  
Tras eternas veladas  
luce, por fin, la suspirada aurora  
en que ve sus fatigas terminadas,  
y mientras impaciente  
aguarda la llegada de la noche,  
madurando sus planes atrevidos,  
hurta á su padre, cautelosamente,  
un agudo puñal y dos vestidos  
que en su lecho, también, guarda prudente.  
Cuando al tender serena  
la noche densas sombras  
el ansiado momento ya señala,  
la atrevida agarena  
saca de sus alfombras  
el puñal, los vestidos y la escala,  
y muda se resbala  
á lo largo del muro solitario  
hasta que á la prisión de Gómez llega,  
donde heroica se entrega  
á realizar su intento temerario.

Sus manos delicadas  
en la bóveda dura van rompiendo,  
con el puñal, las conchas agrietadas,  
y cuando ya la arredra  
el penoso trabajo y desfallece  
siente la aguda hoja  
hundirse en la juntura de una piedra  
que sorda se estremece,  
á impulsos de su esfuerzo sobrehumano,  
y desprendida, al fin, desaparece  
en la obscura mazmorra del cristiano.  
Don Gómez, que ha sentido  
desde el primer instante, con sorpresa,  
el extraño ruido  
que conmueve las piedras de su techo,  
observa, prevenido,  
muda la voz y palpitante el pecho,  
desde un rincón, el caso inexplicable,  
que juzga sueño de su débil mente;  
mas, cuando el golpe siente  
de la piedra al caer, alza los ojos  
al claro cielo, que apacible ostenta  
purísimas estrellas á millares,  
y al ver descender, lenta,  
de la altura, la escala salvadora  
que á librarle, sin duda, va guiada  
por mano bienhechora,  
llega á temer por su razón turbada,  
que más se ofusca cuanto más ignora.  
Ni teme ni vacila  
y ganando los pasos de la escala,  
que al grave peso oscila,

salva el espacio corto  
que de la almena su prisión separa,  
busca su salvador, y queda absorto  
viendo de Zaida la belleza rara.  
Saber quiere impaciente  
la clave de misterio tan obscuro,  
más, ella, que demoras no consiente,  
echa la escala al exterior del muro  
y baja diligente  
á buscar á su amor puerto seguro  
con el hombre que adora ciegamente.  
Allí cambian de trajes  
y emprenden animosos el camino,  
por ocultos parajes,  
buscando del cristiano la frontera,  
donde, tras de jornada peligrosa,  
les abrirá sus brazos, amorosa,  
la ciudad, ya cristiana, de Antequera.

## X

Ya el sol dora la cumbre  
de la Nevada Sierra  
con tornasoles de matiz cambiante,  
y á sus besos de lumbre  
la enamorada tierra  
se estremece de gozo palpitante.

Las zonas de Levante  
corre veloz con ardoroso brío  
bañando en luz á la gentil Granada,  
que esquivá su mirada  
bajo doseles de laurel sombrío:  
por el boscaje umbrío,  
que nutre con su riego,  
medroso de su fuego  
tuerce su curso el río,  
y entre nubes de aromas y colores,  
de encanto, de placer y de poesía,  
la sultana sin par de Andalucía  
feliz despierta suspirando amores.

## XI

Seis horas han pasado  
de la fuga de Gómez, cuando entra  
en la torre su viejo carcelero  
que, mudo y espantado,  
busca, pero no encuentra,  
en su cárcel, al joven prisionero.  
Entre dudas y asombros,  
mira abierta la bóveda en la altura  
y á sus pies esparcidos los escombros,  
mientras piensa, temblando de pavora,  
que al enojo de Amir tiene insegura

la cabeza en los hombros.  
Llama, y á su clamor, acuden prestas  
las guardias del castillo  
mientras con rapidez la alarma crece,  
y cuando el buen caudillo  
Abén Amir, conoce el hecho grave,  
de pavor y de rabia se estremece,  
pues su experiencia sabe  
que el terrible Jusef hará, violento,  
para aviso de alcaides confiados,  
un ejemplar y bárbaro escarmiento  
que dejará sus timbres mancillados  
acabando su vida en el tormento.  
Cuando ya lo ocurrido nadie ignora,  
oficiosas de Zaida las esclavas  
lo van á referir á su señora,  
pero cansadas de buscarla en vano,  
al encuentro de Amir corren ligeras  
á quien cuentan, medrosas, el arcano  
que achacan á las artes hechiceras  
de algún mago cristiano.  
Mas, el prudente anciano,  
desprecia, por absurdas, sus quimeras  
y á buscar á su Zaida se dispone;  
cuando á sus plantas pone  
un soldado, que llega presuroso,  
dos vestidos, de forma diferente,  
que entre unas peñas descubrió, afanoso,  
y una escala de seda resistente  
que descendiendo al foso  
de una almena del muro vió pendiente.  
Con ávidas miradas,

mientras sus carnes de pavor se hielan,  
contempla Amir las túnicas bordadas  
que la traición revelan  
de aquella infiel, que al desnudarlas quiso  
envilecer sus canas, sin recato,  
y hundir en sus entrañas, de improviso,  
el doloso puñal del hijo ingrato.  
Juez y padre, zozobra  
por contrarios deberes impelido,  
mas, su antiguo valor fuerzas recobra,  
y á vengar sus afrentas decidido  
dispone sus caballos más ligeros  
y en breve deja la ciudad, seguido  
de sus fieles y bravos caballeros.  
Corre, registra, indaga,  
por caminos, poblados y alquerías,  
sin dirección, desalentado y ciego,  
y cuando la esperanza le abandona  
sabe, que vió un labriego,  
al mediar la mañana,  
con rumbo hacia los campos de Archidona,  
esquivando veredas y caminos,  
dos jóvenes pasar por su labranza,  
vestidos á la usanza  
de los nobles señores granadinos.  
Más razones no espera  
y dando rienda á su corcel fogoso  
emprende desalado la carrera  
en pos de los amantes, temeroso  
de que lleguen á tierra de cristianos  
donde encuentren reposo  
libres ya de las iras de sus manos.

## XII

Luego que Zaida y Gómez  
por las amigas sombras encubiertos  
el castillo de Amir abandonaron,  
corrieron, en su afán, campos desiertos,  
y cuando en el Oriente contemplaron  
de la aurora los cándidos reflejos  
se cambió su temor en alegría,  
viendo, como entre brumas, se perdía  
Granada con sus torres á lo lejos.  
Las luces que fulgura  
ál avanzar risueña la mañana  
descubren, á los ojos de Hinestrosa,  
la divina hermosura,  
las ricas formas y la edad temprana  
de aquella, cuya mano valerosa,  
le libertó del duro cautiverio;  
el profundo misterio  
en que se envuelve, penetrar procura,  
y á su ruego, la niña, complaciente,  
de que nadie la escucha ya segura,  
se turba, y dice, candorosamente.  
—Yo soy noble doncella  
hija de Abén Amir, el bravo alcaide  
que en Granada cautivo te tenía;  
mi proceder extraño no te asombre,

que há tiempo conocía  
tus heroicas hazañas y tu nombre  
que la fama do quiera repetía.  
Aunque nunca esperaba  
conocer al bizarro caballero  
por quien secreta inclinación sentía,  
cuando menos, quizás, en él pensaba,  
de feroces soldados prisionero  
le vi llegar á mi castillo un día.  
El alma conmovida  
de tierna compasión, se vió, anhelante,  
por sus prendas y males atraída,  
y desde aquel instante  
lloró con el cautivo largas penas,  
hasta llegar, tras afanosas luchas,  
esta débil mujer, que atento escuchas,  
á librarte de bárbaras cadenas.  
Yo en los misterios creo  
de la sublime religión cristiana,  
recibir el bautismo es mi deseo  
y renunciar la falsa mahometana;  
busquemos pronto la frontera amiga;  
mi honor pongo en tu mano,  
que á mucho, Gómez, la nobleza obliga  
y la fe que profesas de cristiano.—  
Oye el mancebo la sencilla historia  
con asombro creciente,  
y obligado de tanto sacrificio,  
promete noblemente  
en defensa de Zaida dar la vida,  
y al dulce impulso de su amor naciente,  
besa la mano de la niña, ansioso,

que en rubor encendida,  
oye á Gómez, de gozo estremecida,  
por Dios jurarle que será su esposo.  
La marcha prosiguiendo  
hacia Antequera, con ligero paso,  
llegan al borde de empinada sierra,  
cuando el sol descendiendo  
del cenit al Ocaso  
agiganta las sombras en la tierra.  
Rendidos de fatiga  
se sientan á la sombra de un peñasco  
cuya sólida planta  
robustecen cimientos de granito  
y orgullosa su cima se levanta  
por la azul extensión del infinito.  
Ya se juzgan salvados,  
y soñando con dulces ilusiones,  
del peligro olvidados,  
sólo piensan sus tiernos corazones  
en la felicidad que les espera;  
cuando el viento les lleva de pasada  
rumor confuso, cual si el eco fuera  
de morisca algarada,  
que al impulso de rápida carrera  
se acercase, del lado de Granada.  
Con incierta mirada  
y de temor y sobresalto llenos  
descubren á lo largo del camino  
un grupo de agarenos,  
que montados en ágiles corceles,  
van corriendo sin tino,  
dando al viento los blancos alquiceles.

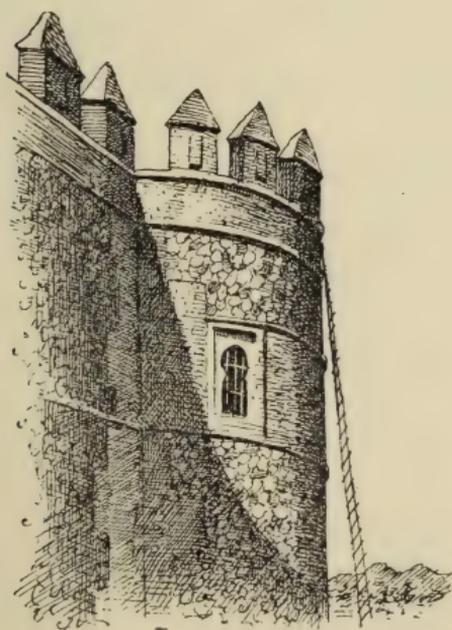
¡Mi padre! grita Zaida;  
sálvate, Gómez, aunque yo perezca;  
su compasión imploraré de hinojos  
y si no por el llanto de mis ojos  
tal vez, por hija, su perdón merezca.  
¡Nunca! con voz rugiente,  
dice el mancebo, con furioso alarde;  
subamos la pendiente,  
que si logramos escalar la altura,  
podré encontrar en ella sepultura,  
pero no moriré como cobarde.  
La delgada cintura  
ciñe de Zaida, con robusto brazo,  
y aferrando la mano á la maleza  
trepa con ligereza  
sin que encuentren sus fuerzas embarazo.  
Aún no tocan la cima  
cuando ya los descubren los guerreros  
de Abén Amir, que cercan el peñasco,  
mientras los más ligeros,  
dejando sus caballos, se aperciben,  
á subir á la cumbre por las breñas,  
mas, tal lluvia reciben  
de troncos y de peñas  
por el fiero Don Gómez disparados,  
que el estrecho camino inaccesible  
abandonan de prisa los soldados  
declarando imposible,  
por tal medio, rendir á los sitiados.  
Amir, que en furor crece,  
su sanguinario intento no abandona  
y hace que de Archidóna

acudan ballesteros, que de lejos  
den á los fugitivos cruda muerte,  
y el cristiano, que advierte  
el desastroso fin que les aguarda,  
al sentir de la flechas el silbido,  
el cuerpo de la niña cubre y guarda  
en su regazo envuelto y escondido.  
Pero, se esfuerza en vano,  
que ya de todas partes les dirigen  
flechas agudas con certera mano;  
nada basta en lo humano  
á librarles del bárbaro martirio  
ni de muerte tan lenta y horrorosa,  
cuando el bravo Hinestrosa  
álzase presa de feroz delirio;  
contempla el fondo del profundo valle,  
erizado el cabello,  
y con brazo convulso ciñe el talle  
de Zaida, que marchito el rostro bello,  
anuda en fuerte abrazo  
los temblorosos brazos á su cuello  
y sepulta la frente en su regazo.  
El sol despide su postrer destello  
y negando su luz al sacrificio  
hunde en Ocaso sus fulgores rojos,  
mientras Gómez, mirando al precipicio  
con espantados ojos,  
hasta su borde decidido avanza;  
una oración murmura delirante;  
oprime el seno de su Zaida amante  
y al abismo se lanza.  
Aún no tocan el suelo

sus cuerpos, por los riscos destrozados,  
cuando, tendiendo el vuelo,  
de la humana materia desatados,  
se elevan sus espíritus al cielo.

### XIII

Abén, de su rigor arrepentido,  
allí mandó cavar humilde fosa,  
donde en callada soledad y olvido,  
el tálamo nupcial halló la esposa  
en brazos del esposo prometido.







## NOTAS

---

(1) **Rafael de León.**—La dramática vida de este insigne escultor se tiene por rigurosamente histórica. La hermosa sillería labrada por él en San Martín de Valdeiglesias permaneció en aquella Abadía hasta 1854 en que fué trasladada á la catedral de Murcia, donde hoy la admiran los inteligentes. La silla abacial, que León no llegó á construir, no se encontró en mucho tiempo quien se atreviera á construirla hasta que en dicho año lo realizó con bastante acierto el ebanista de la corte D. José Díaz Benito.

(2) **El Castillo de Guadalerza.**—Asiéntase esta antiquísima fortaleza sobre una elevada colina de los montes de Toledo, teniendo á sus pies una feraz y extensa llanura circunvalada de montañas, surcada por riachuelos y atravesada de Norte á Sur por el ferrocarril de Madrid á Ciudad Real y Badajoz, y por la carretera que va desde Yébenes á Fuente del Fresno.

Al lado izquierdo de las citadas vías y no muy distante del castillo, del que la separaba el río Bracea, se alzaba, hasta hace poco tiempo, una eminencia cónica que llamaba la atención del viajero, así por comprenderse á primera

vista su construcción artificial, cuanto por el siniestro nombre de *Cerrillo de la Horea*, con que se la conocía.

Al construirse en 1888 la carretera que pasa por su pie, hubo necesidad de levantar el nivel del suelo y se tomaron tierras del extraño cerrillo, que iba descubriendo, á medida que adelantaba la excavación, las paredes, aún derechas y bien conservadas, de un antiguo edificio árabe, hallándose entre ellas un candil de barro, un acicate y un fragmento de un cipo sepulcral, de mármol negro, con tres líneas de caracteres arábigos.

Tan extraño hallazgo llamó la atención de los curiosos, pero habiéndose completado las obras de la carretera, cesó la extracción de tierra y quedó oculto el edificio en sus dos terceras partes, en cuyo estado permanece. Deseosos de conocer la traducción de aquel misterioso epígrafe, llevamos un calco de él á nuestro querido amigo y pariente, el sabio orientalista D. Rodrigo Amador de los Ríos, el cual nos manifestó que era el principio de una inscripción funeraria, y que por la elegancia de su dibujo parecía labrado al mediar de la V.<sup>a</sup> hégira mahometana (siglo XI de J. C.), traduciéndolo en esta forma:

*En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!  
; Oh vosotros, hombres! Creed que las promesas de A...  
...lláh son ciertas. No os dejéis pues seducir por los place...*

Ancho vagar á nuestra imaginación dejaron tan singulares sucesos; fundado en ellos está el argumento de la leyenda que hoy publicamos, sin duda inferior á los misteriosos y fantásticos motivos que le dan origen.

(3) **La Torre de la Malmuerta.**—Al Este del campo llamado de la Merced, en la pintoresca Córdoba, se alza una hermosa torre octógona, conocida por el nombre con que encabezamos esta leyenda.

Según la tradición, corroborada por el testimonio de algunos historiadores, fué levantada dicha torre por los años de 1407, á expensas de un caballero que, arrebatado por los celos, mató á su esposa, siendo ella inocente. El Rey D. Enrique III, hecha la común prueba, y visto que el desdichado caballero había delinquido obcecado por una pasión violenta, le perdonó y le dijo: «Vuestra esposa ha sido mal muerta; en castigo de esta culpa, derribaréis vuestro palacio y sobre sus escombros levantaréis una torre que se llamará de la Malmuerta.» Tal es la tradición, y así lo consignan también en sus escritos Heliodoro del Busto y Vaca de Alfaro.

(4) **La Piedra Escrita.**—A 3 kilómetros de la populosa villa de Baena (Córdoba) y á unos 400 metros al Norte de la carretera de Alcaudete á dicha villa, se alza un peñasco natural que tiene labrada su cara de Poniente y en ella grabada una inscripción latina que dice así:

T. ANNIVS FIRMVS  
 IPONVBENSIS ANOR L....  
 VIBIA CROCALE PATRIC  
 VXOR ANOR XXIX

Traduciéndola libremente al castellano pudiera leerse:  
*Aquí yace Tito Annio Firmo. Natural de Iponombia*

*de cincuenta y.... años, y su mujer Vibia Crocale, Patricia, de veintinueve años.*

Es conocido en el país el monumento con el nombre de *La Piedra Escrita*, y está situada al pie del cerro nombrado del *Minguillar*, curioso también por los restos de población romana descubiertos en él, especialmente sepulcros de piedra franca, y en cuya altura parece que existió la *Iponombia* de los romanos, según atestigua la inscripción que dejamos transcrita al citar la naturaleza del sujeto allí enterrado, y corrobora el Sr. D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, doctísimo en la materia, en el siguiente pasaje que copiamos del libro *La Alhambra*:

*El cerro del Minguillar, que se nota entre la torre del Montecillo y Baena, me recordaba la inscripción de Iponombia que allí había descubierto y que yo solo había logrado leer, adquiriendo una corrección para el texto de Plinio.*

En tales datos se funda la tradicional leyenda que hoy publicamos.

(5) **Una Deslealtad y un Reto.**—El memorable y curioso desafío de D. Diego Fernández de Córdoba, después segundo Conde de Cabra y Señor del Estado de Baena, con D. Alonso de Aguilar, su próximo pariente, que reseñamos en esta leyenda, lo consignan varios historiadores dignos de todo crédito, y entre ellos, el Abad de Rute, D. Francisco Fernández de Córdoba, en su *Historia (M. S.) de la Casa de Córdoba*, á la que también pertenecía.

El haber concedido el Rey D. Enrique IV el gobierno de los castillos y alcázares de Córdoba á un hijo del Conde

de Cabra llamado D. Martín, hizo estallar la envidia de D. Alonso contra la casa de su esclarecido pariente y, ciego por el despecho, recurrió al reprobado medio de invitar á su casa para celebrar un convite al primogénito del Conde, D. Diego Fernández de Córdoba, prendiéndole después del festín y manteniéndole encerrado en una torre algunos meses del año de 1469; poniéndole después en libertad, bajo promesa, de que se le entregaran por el Conde su padre ciertas rentas y dominios á que se creía tener derecho, y haciéndole jurar de que, en el caso de no cumplirse aquellas condiciones, volvería por sí mismo á constituirse en prisión bajo el poder de D. Alonso.

El Rey relevó al Conde y á su hijo de cumplir nada de lo estipulado, y entonces, D. Diego, envió un cartel de desafío á D. Alonso, para que compareciera en Granada el viernes 10 de Agosto de 1470, ante la corte de Muley Hacén que se había prestado á cederles terreno para la lucha bajo su salvaguardia, por haberles prohibido el Rey de Castilla, bajo severas penas, luchar en sus dominios.

El erudito escritor granadino Sr. Lafuente Alcántara refiere así el suceso:

«Llegó el día crítico, y el pueblo y señorío de la corte de Granada y muchas damas y doncellas moras acudieron con impaciencia á las gradas del palenque. Momentos antes de comenzar la escena apareció Muley con la Sultana y con los príncipes, y ocupó, bajo un dosel, los blandos cojines de su tribuna, y á su lado sentáronse varios magnates moros elegidos jueces del campo y asistidos por el escribano real Almanzor de León que debía consignar una relación verí-

dica de todos los lances. D. Diego, armado de todas piezas y montado en un caballo arrogante, salió á la hora precisa con gentil apostura, paseó el palenque, sin que pareciera D. Alonso de Aguilar, y mandó á uno de sus farautes que le llamase y desafiase en alta voz: y aunque esto se repitió muchas veces no sonó trompeta que anunciase la llegada del competidor. Continuaron los llamamientos toda la tarde sin resultado; traspuso el sol por las cumbres lejanas y entonces salió otro faraute con una tabla en que Don Alonso aparecía pintado en faz ridícula, y ató este retrato á la cola del caballo de D. Diego. Hincó éste el acicate y arrastró ignominiosamente la efigie hasta convertirla en astillas, diciendo con voz arrogante: «Este es el alevoso D. Alonso de Aguilar, que denegando su persona no vino al plazo señalado.» Un caballero de los concurrentes, Abencerraje y amigo de D. Alonso Aguilar, no pudiendo mirar con indiferencia los ultrajes con que se infamaba la honra de su amigo ausente, se levantó despechado, corrió á su palacio, dió prisa á sus criados y esclavos, y saltando en un caballo africano y empuñando una de sus lanzas, bajó con celeridad, saltó una valla por no entretenerse en buscar puerta y presentóse cara á cara con el mantenedor. No fué más pronto aparecer el moro que interponerse una turba de alguaciles y esbirros destacados por el Rey para prenderle. La audacia del Abencerraje causó murmullos y turbación en el concurso: la plebe gritaba; los nobles opinaban de diverso modo; los jueces no sabían á qué atenerse en semejante caso, no marcado en sus reglas de caballería; la Sultana y las damas se agitaban sobresaltadas; el Rey

daba señales de indignación; y á todo esto D. Diego, medido en mitad de la liza con los graciosos escarceos de su caballo y preparado con la adarga al pecho, la lanza en ristre y el acicate á punto, reforzaba la voz pidiendo que le dejasen cebar sus iras en aquel moro. En esto se presentó un faraute montado en un caballo, y tocando una trompeta pudo acallar el murmullo. Restablecido el silencio promulgó orden de Muley, que imponía al moro pena de muerte con la cabeza cortada allí mismo, por haber promovido la turbación é infringido las leyes y costumbres de la caballería. No bien acabó el pregonero de publicar este decreto atroz, desmontóse D. Diego, confió á sus escuderos las riendas de su caballo, su lanza y adarga, y subiendo al dosel del Rey se hincó de hinojos y pidió por merced el perdón de aquel caballero. Muley no pudo menos de deponer su severidad y otorgar lo que imploraba su esclarecido huésped. Concluída, sin otro suceso, la ceremonia, el Rey declaró por medio de otro pregón que D. Diego había cumplido como bueno, leal, esforzado y verdadero caballero cuanto á su honor convenía. El escribano Almanzor extendió diligencia de todos estos actos, puso el proceso en manos de los jueces, y éstos pronunciaron sentencia en 15 de Agosto declarando, según derecho de armas, vencedor al Mariscal y vencido á D. Alonso. D. Diego retiróse á sus estados y mandó copiar mil ejemplares del proceso y pintar muchos lienzos, que repartió gratis, en que aparecía D. Alonso pisado por su caballo con un letrero que decía: *Este es D. Alonso Aguilar.*»

La fama que de Capitán valeroso, invicto y esclare-

cido, como le llama un historiador, gozaba D. Alonso, no parece que sufriera grave daño por el malhadado suceso del desafío, si bien hay que convenir, en que tanto en la prisión de su pariente D. Diego como en su falta al reto de Granada, no procedió con la corrección, arrojo y nobleza que cumplía á un caballero de su talla. Fué D. Alonso Fernández de Córdoba, Señor de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, y tras una vida gloriosísima, en que pareció tener unido á su suerte el carro de la Victoria, murió heroicamente combatiendo contra los revelados moriscos de las Alpujarras en el desastroso combate ocurrido en Sierra Bermeja la noche del 16 de Marzo de 1504.

(6) **La Virgen de Consolación.**

De un antiguo castillo que supo  
abatir á dos Reyes el cetro.

En el año de 1300 fué derrotado al pie de las murallas de Baena el rey Mahomad II de Granada, y en 1483 fué hecho prisionero en la batalla de Lucena el Rey Boabdil (el Chico) por las gentes de Baena, al mando del Conde de Cabra, y conducido después á la fortaleza de dicha población; á cuyos hechos aludimos en los dos versos arriba copiados. También dedicamos dos leyendas á esos sucesos en este mismo libro.

(7) **La Cruz de la Roldana.**—El asunto de esta leyenda es rigurosamente histórico. Hemos tenido ocasión de leer un antiguo documento notarial que obra en poder

del Sr. D. Manuel Calderón y Roldán, vecino de Luque, que nos lo facilitó generosamente, en el que se consig- nan los sucesos que narramos respecto á la desgraciada muerte de Isabel de Arrebola. Aparece, que sorprendida ésta con su marido y otros caballeros cristianos, en el camino de la fuente de Luque, por una partida de moros á caballo, corrieron todos á guarecerse en el castillo, sin cuidarse unos de otros, abandonando á la infeliz Isabel, que no pudo seguirles. El documento dice textualmente: «E su marido se la dexó, é le cortaron los Moros las tetas, camino de la fuente de Luque, é le ganó su caballo á un Moro, estando herida, el qual se quiso apeaar para cortarle la Cabeza y ella le ganó la lanza y le mató al Moro con ella, porque los otros moros iban delante tras otros qua- tro Caballeros Cristianos que la habian dexado, y ellos iban de huida á guarecerse en el Castillo: y la cáfila de Moros á Caballo que iban en Zaga de ellos pasaron de largo y no la pudieron ver: y ella metió el Caballo de rienda en el Castillo, herida como estaba, y allí murió.»

Hoy, después de siete siglos, queda en la cuesta que conduce á la fuente de Luque, una sencilla cruz de piedra que marca el sitio en que Isabel de Arrebola sufrió la am- putación de sus pechos, realizando su última hazaña.

Una larga inscripción, que ocupa las cuatro caras de la cruz, hace memoria del inaudito suceso.

Fué Luque ganada por primera vez á los moros en el año de 1240 por Fernando III, según cuenta la crónica de este Rey y refiere Fray Jaime Bleda, en su *Crónica de los Moros de España*, citándola entre otras muchas poblaciones,

con el mismo nombre de Luque que hoy lleva, como se lo da también Juan de Mena en la copla 283 de sus *Trecientas*, hablando de aquel insigne Monarca:

«Conquistó las villas de Castro é Vaena,  
Córdoba, Ecija, Palma y Estepa,  
tanto que non se membraba do quepa  
la su fortaleza con gran dicha buena.  
Ganó mas, Obejo, Trojillo é Marchena,  
ganó á Hornachuelos á *Luque* é Montoro;  
Por tales logares sembró su tesoro  
no le cobardando fatiga ni pena.»

Las vicisitudes de la guerra hicieron que algunas de las villas y fortalezas reconquistadas volvieran á caer después en poder de los musulmanes, y tal suerte siguió Luque con Rute y algunas otras, sin que conste la fecha precisa de su pérdida, que muy bien pudo ocurrir durante la menor edad del Rey D. Fernando IV, en que también se perdió Alcaudete y estuvo á punto de perderse la inexpugnable Baena, por el abandono en que se hallaban las fronteras, á causa de las discordias y traiciones que se agitaban en la Corte de Castilla.

En los primeros días de Agosto del año de 1341 partió el Rey D. Alonso XI, con un fuerte Ejército, de Exija, y pasando por Baena, invadió las tierras granadinas conquistando á Alcalá de Benzayde (hoy la Real), Priego, Rute, Carcabuey y Benamejí, según se refiere en la Crónica de aquel valeroso monarca, y aunque consta en documentos privados que el día 24 de aquel glorioso mes fué también

ganada la villa de Luque, es de notar que la Crónica no la cite con ese nombre, y en cambio hable de un castillo muy fuerte que tenían los moros, no lejano de Alcaudete, llamado *Lotorques*, que no sabemos á punto fijo cuál fuera, ni si tiene alguna relación con Luque. En documentos particulares que hemos consultado se dice que Luque se llamaba entonces Castillo de Benzayde, pero la Crónica sólo da ese dictado á Alcalá, y no creemos que los cronistas hubieran omitido consignar tal nombre si, efectivamente, Luque lo hubiera llevado, tratándose de tan importante plaza fronteriza. Quizás del nombre de Luque con que se la conoció después de la conquista de San Fernando en 1240, vino el de *Lotorques*, cuando volvió á poder de los moros, recobrando el antiguo de Luque al ser reconquistada por Alfonso XI.

Los caballeros principales que este Rey dejó en la villa en 1341, en que debió ocurrir el suceso que narramos en la leyenda, fueron Luis de Luque, Alfonso de Luque, Cristóbal de Ayala, Francisco Roldán y Cristóbal Roldán, que era esposo de Isabel de Arrebola.

(8) **La Prisión de Boabdil.**—Ocurrió este glorioso hecho de armas el día 21 de Abril de 1483, siendo caudillo de las tropas de Baena D. Diego Fernández de Córdoba, segundo Conde de Cabra, Señor del Estado de Baena.

D. Francisco Fernández de Córdoba, individuo de la misma familia, más conocido por el Abad de Rute, escribió una *Historia de la Casa de Córdoba*, M. S. que se conserva en la Biblioteca Nacional, y en ella dice, refiriendo minuciosamente la batalla de Lucena, que cuando fué Boabdil

descubierto y preso por algunos soldados, ocultó su rango y nombre diciendo ser un caballero granadino de la familia de Alnayar, y que como tal, fué conducido prisionero á Lucena; y luego añade, que llevaba ya tres días en la torre del Homenaje, sin que se hubiera dado á conocer, cuando habiendo sido visto, casualmente, por otros prisioneros de Granada, se postraron éstos en su presencia y prorrumpieron en sentidos lamentos llamándole su Rey y Señor; sabiéndose entonces que era el mismo Boabdil. Después sigue narrando los sucesos que se siguieron y dice que el Rey moro fué conducido desde Lucena á Córdoba por el Alcaide de los Donceles, viaje que hizo *sin ver á Baena*, y añade, que era falsa la tradición que en esta villa corría de haber estado Boabdil preso en su fortaleza, hecho que el Abad de Rute trata de desmentir con marcado interés.

Este escritor, que con frecuencia nos parece harto apasionado al narrar los sucesos de su propia casa y familia, vivió un siglo después de ocurrir la batalla de Lucena, y á sus afirmaciones se han atendido, más tarde, en ese punto, los historiadores modernos D. Modesto Lafuente y Don Miguel Lafuente, que relatan aquellos sucesos casi con las mismas palabras del Abad, en la *Historia General de España* el primero y en la *Historia de Granada* el segundo.

Examinando serenamente las crónicas de la época y los testimonios de muchos historiadores, más antiguos que el Abad de Rute, y algunos contemporáneos de aquellos sucesos que presenciaron, no puede menos que ponerse en duda lo que el Abad afirma y someterlo al análisis impar-

cial de la crítica, cosa que hubieran hecho personas más competentes y autorizadas que nosotros, antes de ahora, si la *Historia de la Casa de Córdoba*, á que nos referimos, no hubiera permanecido inédita y desconocida de mucha gente. Nosotros vamos á someter á la consideración de nuestros lectores los datos que hemos recogido y las observaciones que se nos ocurren, para que juzguen después de cuál sea la exacta versión de los sucesos.

Principiaremos diciendo que nos parece harto inverosímil que al ser conducido Boabdil prisionero á Lucena, en unión de algunos millares de sus vasallos que corrieron su misma suerte, no fuera en el mismo campo de batalla ó en el camino, visto por ellos, ni hicieran manifestación alguna de respeto ó de dolor en su presencia que denunciara su rango, como sucedió tres días después en la misma prisión del Monarca, cuando sólo una casualidad hizo que algunos de sus súbditos le vieran y se enteraran de que estaba preso, según el Abad de Rute.

Fray Jaime Bleda, escritor que trató las cosas de los árabes con escrupuloso interés, dice en su *Crónica de los Moros de España*, hablando de la prisión de Boabdil:

«Y metiose por una espesura de matas por la ribera del arroyo. Y en aquel lugar le acometió un peon de Lucena llamado Martin Hurtado para prenderle, y el Rey echó mano á un puñal y defendiose dél. Juntáronse otros dos peones con el primero y viéndose el Rey acosado les dijo: que supieran aprovecharse de su ventura, pues tenian al Rey en sus manos.»

D. Fernando Josef López de Cárdenas, en sus *Memo-*

*rias de la Ciudad de Lucena*, dice también lo siguiente, tratando del mismo asunto:

«Llevaronlo á Lucena (á Boabdil) y conocido en el camino por los suyos y participada la noticia á los cristianos lo pusieron en el castillo del Moral con la decencia que correspondía á su persona.»

Tenemos aquí ya dos escritores, dignos de crédito, que nos dan dos versiones más aproximadas á la lógica que la del Abad de Rute, respecto á cómo fué conocido Boabdil. Pasemos ahora á examinar el punto referente á la estancia del Rey moro en Baena, que niega, como ya hemos dicho, el autor de la *Historia de la Casa de Córdoba*.

Esteban de Garibay, historiador bastante inmediato á aquellos sucesos, que bien pudo conocer y tratar á personas que los presenciaron, y que además registró los Archivos y Bibliotecas de la Nación siendo Bibliotecario de Felipe II, dice en su *Compendio Historial de España*, refiriendo la batalla de Lucena:

«Siendo entre los soldados repartida la presa de esta victoria que á los moros quitaron, *dieron al Conde de Cabra la persona del Rey Moro*, como autor de la victoria, aunque muchos atribuyen tanta gloria como á él al Alcayde de los Donceles, y el Rey Chiquito fué muy realmente tratado.»

Más adelante, añade, refiriendo las negociaciones entabladas para conseguir la libertad del prisionero, lo siguiente:

«La Reina mora madre del Rey Mahomad, el preso, que al hijo favorecía, envió, juntamente con los moros de su parcialidad, sus mensajeros al Rey de Castilla, á tratar de la libertad del Rey su hijo, prometiendo vasallaje perpetuo,

con doce mil ducados de parias, allende de gran suma de dinero de rescate y de soltar treientos prisioneros cristianos de Granada, los que el Rey quisiese. . . . .  
. . . . . Por lo cual el Rey de Castilla haciendo traer al Rey Mahomad *de poder del Conde de Cabra* lo puso en el de Martin de Alarcon, Alcayde de Porcuna.»

Hernando del Pulgar, que como todos sabemos vivió en aquel tiempo, siendo testigo presencial de los sucesos, Cronista de los Reyes Católicos y gran autoridad, por consiguiente, en la materia, en el capítulo XX de su *Crónica* refiere la batalla y sucesos que la siguieron con gran suma de detalles, y dice entre otras cosas.

«En aquel lugar se fallaron muertos fasta mil Moros, allende de los que murieron en otras partes; é fué preso el Rey de Granada, é murieron algunos Alcaldes é cabeceras del Reyno de Granada, en especial murió el Alatar que era Alcaide é Capitan de Loxa, é fué tomado el recuaje que traian, é fueron traídos presos á las villas de Lucena é de Aguilar muchos de ellos. E fueron tomadas nueve vanderas, las cuales con la cabeza de un Rey puesta en una cadena, el Rey é la Reyna dieron la facultad que el conde traxese en el escudo de sus armas, y en las orlas que estan en el circuito del escudo. Cogido el despojo, é traído el Rey Moro ante el conde de Cabra, visto como poco antes la fortuna le dio poder de Rey, y el infortunio le puso tan presto en estado de sujeto: por le consolar le dixo, que si como home discreto consideraba el presuroso movimiento de las cosas humanas, ni la prosperidad que poco antes tovo le debia alterar, ni la adversidad que tan presto le vino le

debía entristecer. Porque así como el bien pasado no tuvo firmeza así el mal presente se puede mudar. E con estas, é con semejantes palabras consolándole, é guardándole la honra que debía como á Rey lo llevo preso á la su villa de Vaena.»

El Sr. Lafuente Alcántara, en su *Historia de Granada*, copia también este pasaje de Pulgar, pero truncándolo y omitiendo su última parte, con lo que deja de consignar, por seguir al Abad de Rute, lo que dice Pulgar de la estancia de Boabdil en Baena.

En el capítulo XXIII de su citada *Crónica* añade Pulgar lo siguiente:

«Estando el Rey en la cibdad de Córdoba, vinieron á él mensajeros de la madre de Muley Bahabdelí, Rey de Granada, que estaba preso *en poder del Conde de Cabra*, é de parte de otros Caballeros é cabeceras del Reyno de Granada, que estaban á su obediencia, á le suplicar que le ploguiese ponerle en libertad. . . . .  
. . . . .El Rey oida aquella suplicacion, embió mandar al Conde de Cabra que traxese al Rey de Granada é gelo entregase. El Conde obedesciendo el mandamiento del Rey partió luego de la su villa de Vaena é vino para la cibdad de Córdoba y traxo al Rey de Granada preso y entregolo al Rey.»

El sapientísimo D. Antonio de Nebrija, cronista de los Reyes D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, testigo presencial de los sucesos, irrefutable por la veracidad y conciencia con que escribió la historia de aquel reinado glorioso, cuyos días vió transcurrir, dice en el libro II, folio 60, después de hacer la descripción de la batalla de Lucena:

«Rex ipse captus, Alatar et duces alii hostium caesi atque ita victores nostri eo ex conflictu redierunt in morem triumphi cum captivis et praeda, quam et hostibus averterant quae in manubias redacta in commilitónibus distributa est. Rex ipse captivus extra sortem Comiti donatus, apud quem honorifice atque pro dignitate regia tractatus est.»

Lo que traducido libremente al castellano viene á decir:

«Preso el mismo Rey, muertos Aliatar y los otros jefes de los enemigos, y de este modo triunfantes los cristianos en la lucha, volvieron, según costumbre de los vencedores, con los cautivos y la presa que habían arrebatado á los enemigos, la cual fué distribuída entre las tropas que habían tomado parte en la batalla. *El Rey cautivo fué dado al Conde, sin entrar en suerte*, el cual trató al regio prisionero con el honor que era debido á su alta dignidad.»

Más adelante, en el mismo libro, folio 63, hablando de las activas gestiones que entabló la madre de Boabdil para conseguir la libertad de éste, dice el insigne Nebrija:

«Rex audita legationis summa, dat litteras ad Aegabrensem Comitem utque ducat, aut mittat ad se Maurorum Regem petit. At ille non gravate jussis Regis obsecutus Regem captivum deducit. Laudatur Comes, atque honorifice ab Hispanorum Rege accipitur gratiasque illi agit, quod tam impigrè illius voluntati obtemperarit, Regem captivum Martino Alarconi, Porcunati arcis præfecto tradit.»

Párrafos que dicen, libremente traducidos:

«Oída por el Rey la Embajada, expide cartas al Conde de Cabra pidiéndole que traiga ó envíe á su presencia al

Rey de los Moros, y el Conde, de muy buen grado, obedeciendo las órdenes de su Monarca, condujo por sí mismo al Rey cautivo. Fué el Conde honoríficamente recibido y alabado por el Rey de los españoles, dándole gracias por haber obedecido sus mandatos con tanta diligencia; entregando al Rey cautivo á Martín de Alarcón, Alcaide de Porcuna.»

No hay un solo escritor antiguo que niegue ni ponga en duda testimonios tan elocuentes de autoridades tan irrecusables, ni nadie ha dejado de dar crédito á la tradición baenense, que el Abad de Rute tuvo á bien declarar falsa, sin tener en cuenta que tras ella están Nebrija, Pulgar, Garibay y otros ciento que la fortalecen con sus declaraciones de testigos presenciales y de historiadores, cuya veracidad no es dado poner en duda. Si en los sucesos de nuestra *leyenda* hubo algo de cierto, pudiera ser que el Abad de Rute, celoso por la honra de su casa y por el buen nombre de una dama de su familia, intentara destruir el fundamento de aquélla, arrancándolo de raíz, ó sea principiando por negar que Boabdil estuviera nunca en Baena; recurso disculpable que no carece de precedentes en la Historia.

(9) Toda la canción que ponemos en boca de Boabdil está tomada del poema *Granada* de D. José Zorrilla. Al coincidir en este único punto, los sucesos de nuestra modesta *leyenda*, con los de aquel admirable libro de nuestro gran poeta, no hemos vacilado en tomar de él ese fragmento, porque ni habíamos de acertar á componer nada

que le imitara, ni es más que un detalle para la esencia de nuestra composición ajena en su asunto á la inmortal obra de Zorrilla. Por otra parte nos lo agradecerán nuestros lectores y honramos sobremanera las páginas de nuestro libro.

(10) La leyenda de Boabdil que publicamos está fundada en la Historia, en la tradición y también en la fantasía popular y en la imaginación de los escritores que han tratado del asunto. Nosotros hemos formado nuestra composición con los datos que en aquellos hemos encontrado, sin añadir nada por nuestra cuenta, y para dar á cada cual lo que es suyo, añadiremos á los que más arriba dejamos apuntados los siguientes:

D. José Zorrilla, en su ya citado poema *Granada*, acepta como ciertos los amores de Boabdil con una cristiana durante la prisión de aquél en Baena, según se desprende de la siguiente estrofa :

«¡Venid á mis conjuros, yo os evoco,  
sombras enamoradas de Baena;  
almas á quienes dió por su amor loco  
lecho la eternidad, la vida pena;  
tú, hermosa, á cuyo amor faltó bien poco  
para abrazar traidor la fe agarena,  
y tú, africano rey, cuya alma insana  
vendió su corazón á una cristiana!»

El docto académico D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, gran investigador de monumentos, historias y curiosidades andaluzas, visitó á Baena, hace ya muchos años,

encontrando, en sus Archivos y piedras, noticias de interés para la historia, que tiene publicadas en libros, revistas y periódicos.

A su laboriosidad se debe un curioso y antiguo documento, hallado por él, no sabemos dónde, y publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1852, página 121 y que copiamos á continuación:

«Cuando el Conde D. Diego de Córdoba, Señor de Cabra é Baena, prendió en batalla junto al arroyo de Martin Gonzalez á Mahomad Baudilin el Chiquito, vigésimo Rey moro de Granada, é le truxo á esta su villa, como saliera á la cava á les rescibir la Condesa D.<sup>a</sup> Maria con todos sus hijos é hijas é servidores et escuderos, é viese el Rey Chiquito á la fija mayor de la Condesa, fembra de muy grand fermosura, é muy granada é cumplida, fincó mas pobre é lacerado, preso en los amores de la doncella, que lo fuera con los hierros é desdichas de la captividad. E como le tomase gran tristura é pena luego que fué puesto á recaudo en esta torre del Homenaje, el Conde D. Diego le facia muy grand cortesia é placer por le consolar é animar en su desventura, diciendole que las malas suertes é las buenas eran como las pluvias de verano, que tan pronto venian como se iban, ó como yerbecicas de los oteros, antes secas que nascidas; é de esta guisa le daba muy grand consolacion con falagueras razones: é por face-lle toda honra é merced le llevaba á la cámara de la Condesa D.<sup>a</sup> Maria, que era muy gran señora é muy entendi-da. Acontesció una noche que como Baudilin se veyese en su cuadra é contemplase quan aviesa le iba la fortuna, é

recordase en su reino desamparado, é á los sus parciales muy apretados é perdidos, comenzó de sospirar tan tiernamente que daba muy grand compasion á los que le oían. E como quier que non podiese dormir, é la noche fuese muy clara con la luna que parescia en el cielo, é le viniesen á las mientes las visiones de aquel amor que otrosí le tenia mucho acoitado, forzaba por se asomar á las lumbresas é finestras de la torre por se consolar con las de aquella donde se aposentaba la doncella. E como Gallegos se oviese imaginado que el cativo se iba á fuyir, preguntole que facia, é dixole que parase mientes que mas forzado era hi por su palabra que por los cerrojos é candados, é que non complia á los varones fuertes la furia del basilySCO quanto la prudencia é el sufrimiento, ca fuera mejor caballero quien sopo sufrir. Baudilin le replico que non era de sesudos nin de cuerdos hombres afrentar al caballero que non se podia valer por su mal andanza, et dijole que un Rey non facia nunca desaguisado por ende perdiese su honra. E como Gallegos acatase las razones del Rey Chiquito, y le apretase á que le descubriese sus penas, prometiendole servir en todo, el Rey se las descubrió; é Gallegos fizo en adelante porque el Rey Chiquito fablase con D.<sup>a</sup> Francisca la fija del Conde que era muy fermosa, é muy buena, otrosí é mucho honrada: et estaba á esta sazón el Conde en Córdoba. E acontecia que la doncella é Baudilin comenzaban de gestionar en las vistas, et en burlas, la doncella porque el Rey Chiquito se convirtiese á nuestra sancta fee catholica, et el Rey porque D.<sup>a</sup> Francisca se tornase mora, prometiendola facer Reina del Alhambra, Xenealarife, é el

Xaragüi, é los floridos Alixares: é les placia fablar é volver á ello, é tanto que las burlas se tornaron veras é quedo tan cativa la señora como el Rey desleal, é falso, é mozo mal aconsejado: ca el amor no es en poder del hombre. D.<sup>a</sup> Francisca pugnando con su passion é con la ofensa que facia á Dios, se quiso confiar de la su hermana Doña Brianda, que despues casó con D. Diego Ramirez de Guzman, é fue Condesa de Teua: é tanto se comprimió el corazon de D.<sup>a</sup> Francisca con los consejos é advertimientos de la su hermana mas pequeña, é con que D.<sup>a</sup> Brianda lo oviese contado todo á D.<sup>a</sup> Marina, vuestra madre, que cayendo en el lecho asaz doliente, llegara á punto de morir de muy apretada malatia, si D.<sup>a</sup> Brianda no le dixesse que aquel non era fecho de cristiana y honrada, é que lo descubriria todo á la Condesa D.<sup>a</sup> Maria si no posiese remedio. E como ya fuese muy andada la luna, é los campos se avian cobierto de verduras é de flores, et el vientecico traia sus olores muy dulces, D.<sup>a</sup> Francisca dábase prisa á convalescer y á se alegrar en las huertas é alcarias que se parescen por bajo de Luque, é en las fuentecicas que hi corren de muy claras é frescas aguas, entre los almen-dros é olivos é jarales. E como quien que non le podiese parar la memoria de los sus amores é otrosi le oviesen venido nuevas de que el jueves en aquel dia llevarian á Córdova á Baudilin, é que non le volveria á ver por aventura, llamó una siesta á Gallegos é le encomendó que le sacasse la semblanza de Baudilin con el mesmo vestido é ropas que tenia en la batalla en que fue cativado, ca Gallegos era muy diestro en el arte de la imaginaria: é Galle-

gos se lo ofrescio mucho honradamente, é fue á Baena é ge lo demandó del Rey Chiquito é plógole grandemente á Baudilin; mas non se pudo facer la semblanza, ca fue llevado el Rey á Córdova, é dende allí á Porcuna fasta que se acordaron los pactos. D.<sup>a</sup> Francisca non quiso tornar á Baena, é pasaba los dias en aquellas huertas é alcarias asaz melancólica, fasta que una alborada vido que los ginetes de Luque corrian por los campos et el castillo facia la salva, é que llegaron mandaderos á la Condesa á facerle saber como el Rey de Granada le queria besar las manos antes de seguir la via que para su reino facia, ca se fallaba libre é desembarazado de su captividad por largueza de los Señores Reyes Catholicos D. Hernando é D.<sup>a</sup> Isabel. La Condesa le fizo muy grand cortesia é mucha honra, et el Rey le fizo presente de muy ricos paños, et de alambar et algalia é de otras buenas especias et de muy buenos olores, et de sendos briales de muy grand obra para las fijas de la Condesa: é otrosi para D.<sup>a</sup> Francisca una tabla con un sancto rostro de nuestro Redemptor Jesu Christo, é lo cobrian cendales y brocado: et el Rey Chiquito dixole á D.<sup>a</sup> Francisca que aquel don non era de moro, antes de cristiano caballero, et que esto ficiera por mas le servir et le mostrar lo que sabia facer. D.<sup>a</sup> Francisca gelo agradesció como podedes entender que podialo agradecer; é fincó que le arrancaban el alma; segund era el dolor que sintió con la venida de Baudilin, et las nuevas de su partida, ca mas le pluguiera tenerlo preso en la torre: et estuvo á punto de caer sin sentido. Luego que partió el Rey é se perdieron los zagueros por las sierras

de Luque, Gallegos asaz recatadamente dixó á D.<sup>a</sup> Francisca que levantase los paños que cobrian el sancto rostro; é la doncella fincó espantada con la semejanza de la pintura, ca en el respaldo del sancto rostro avia trasladado maese Antonio en Córdova la semblanza de Baudilin, con los arreos que dixiera la doncella. E desde aquel dia la doncella comenzó de adolescer muy mal, é todo su cuerpo fue cobierto de llagas que gafedad parescian, con muy grand dolor é queja: é como quier que entendiese que non podia escapar de la muerte fizo llamar á D.<sup>a</sup> Marina de Velasco, vuessa madre, para que fablase con un fraile de la orden de Sant Agustin, que era muy grand siervo de Dios: et el fraile dixo que la enfermedad de D.<sup>a</sup> Francisca era por pecado que ficiera: et D.<sup>a</sup> Francisca lloró muy fieramente é pidió al Conde é la Condesa la metiesen monja en Sancto Domingo, é antes fizo que Gallegos pintase una argolla al cuello de Baudilin, ca el Conde D. Diego le habia vencido en batalla, é la christiana doncella habia vencido los encantamientos que ficieran en la semblanza del Rey Chiquito: y non la fizo quemar, ca la semblanza habia tomado iglesia en el sancto rostro del Redemptor del mundo. E dió otrosi la tabla á vuestra madre para que la guardase: é pidio al Conde que echase á Gallegos de la tierra é que non volviese mas. Et el mismo dia que professó la doncella fue sana, ca trocara la muerte é la mentira por la vida é la bienaventuranza.»

Hasta aquí el curioso papel: luego añade el Sr. Guerra y Orbe, que gracias al celo del Sr. D. Francisco Fernández de Córdova, más generalmente conocido por el *Abad de*

*Rute*, se conservó el retrato de Boabdil, que en la actualidad posee el citado erudito académico, quien describe la pintura en estos términos:

«La tabla de diez y siete pulgadas de alto por doce y tres líneas de ancho presenta la singularidad de no haberse pintado inmediatamente sobre ella, sino sobre un pergamino que le está fuertemente asido. Este recibió una preparación de yeso y exceptuando el sitio que debían ocupar el rostro y cabellera, fué toda la extensión del cuadro dorada y bruniada antes que el pincel fijara los colores y el punzón labrase la corona, las ropas y la cadena. Por la pintura, se ve que era moreno el rostro de Boabdil, verdes los ojos, el mirar dulce y melancólico, sonrosados suavemente los labios, castaños y finos sobremanera el cabello y la barba. Esmeraldas y rubíes engarzan la corona que asienta sobre un bonetillo de tisú verde. La jaqueta mitad es de un color, mitad de otro; verde recamada de lises de oro, carmesí recamada de rosas del mismo metal; tiene tomado el escote con un vivo de terciopelo y por el lado derecho bajan botones de azabache. Déjase ver la camisa bordada y respunteada de encarnado. La cadena es de bronce. El fondo del cuadro muy oscuro, tachonado de oro.»

No sabemos si la D.<sup>a</sup> Francisca empezaría su vida monástica en el convento de la Madre de Dios de Baena, donde murió, en cuyo caso sería bastante entrada en años cuando se decidió á profesar, toda vez que el dicho convento no se fundó hasta el año de 1510.

Sus cenizas reposan en el coro, al pie del sillón presidencial, donde hay una losa con esta inscripción:

«Aquí yacen las Esc̄mas señoras duquesas de Baena, D.<sup>a</sup> Francisca Fernandez de Córdoba, la marquesa de Ardales Sor Ana de Jesus Maria y D.<sup>a</sup> Ana de Toledo su hija y Sor Ana de la Cruz, hija de los marqueses de Priego, y Sor Maria de Santo Domingo y Sor Catalina de Jesu-eristo: año de 1634.»

En la crónica del convento consta que por los años de 1780, las novicias abrieron de noche este sepulcro para ver lo que en él había, y hallaron, puestas con mucho orden, unas urnas de plata donde están encerradas las cenizas de dichas religiosas.

(11) Y hasta que bajó á la huesa,  
no se borró en su memoria  
*el recuerdo de Baena.*

Este suceso glorioso para las armas cristianas ocurrió el año de 1300.

D. Modesto Lafuente, en su *Historia General de España*, dice hablando del reinado de Fernando IV:

«Abreviemos los enojosos sucesos de este reinado de discordias y de intrigas. Aprovechándose de ellas como buen político el Rey Mahomad II de Granada, no sólo había mantenido con esplendor su pequeño Reino, sino que había llevado sus huestes hasta las puertas de Jaén, *incendiando el arrabal de Baena* y apoderándose de la fortaleza de Bezmar, hasta que fué llevado en 1302 del reinado de esta vida al eterno descanso.»

Esteban de Garibay, en la *Crónica General de España*, refiere así el hecho:

«Durante las guerras de estos años, el Rey Mahomad cercó á Alcaudete, pueblo de la Orden de Calatrava, cuyos caballeros y gentes que dentro se hallaban, no siendo partes para defender, la tomó dentro de pocos días, y con esta victoria, cercando á Baena, donde estaban Alonso Pérez de Sahavedra, que tenía el alcázar, y Fernando Alonso de Córdova, hijo de D. Alonso Fernández, y Payo Arias, y Juan Martínez de Argoté y otros caballeros cordobeses, entró en el pueblo hasta ganar la mitad, de donde estos caballeros, que de los vecinos del pueblo fueron valientemente ayudados, echaron á los moros; por lo cual el Rey Mahomad dió vuelta á Granada.»

Para ilustrar hecho tan importante para la historia de Baena, hemos de hacer algunas aclaraciones relacionadas con el teatro donde ocurrió el suceso.

Se asentaba en aquel tiempo la villa en la cumbre y faldas del cerro donde aún vemos su castillo; y estaba rodeada de dos órdenes de murallas; la interior cercaba la parte principal llamada Almedina, que en árabe quiere decir la ciudad por excelencia, y en ella se encontraba el castillo, la iglesia mayor, las casas de cabildo y todas las solariegas pertenecientes á la nobleza; la segunda, de la cual apenas quedan indicios de que haya existido, rodeaba todo el resto de la población.

Fácil cosa es todavía el señalar los límites de la muralla interior, pues á pesar de las injurias del tiempo y del abandono con que ha sido mirada, permanece en muchos puntos derecha, flanqueada de sus torres, algunas tan notables como la del Sol y la de Clavijo, y conservándose en

mediano estado dos arcos morunos, que fueron puertas por donde comunicaba la ciudad con los barrios exteriores; mas, como es posible que muy pronto desaparezcan por completo unos y otras sin dejar rastro de su existencia, señalaremos en esta nota su situación por si tuviera la suerte de servir de algo á las gentes venideras.

El cerro sobre que estaba construída la villa forma un cono casi regular, de gran altura, con rápidas pendientes, que hacen difícilísima la subida, excepto por la parte N., donde un declive más suave ofrecía, en aquellos tiempos, más probabilidades de éxito, en caso de un ataque, si llegaba á ganarse la primera muralla.

No desconocieron los árabes esta circunstancia y levantaron, durante su dominación, el castillo al extremo superior de aquel declive, dominándolo por completo, como parte más débil por naturaleza á que era preciso ayudar con obras de arte.

De la puerta más antigua y principal de la fortaleza, que mira al N., arranca el muro que circuye la Almedina, dirigiéndose por la Tela al SO. y abriéndose en él, primero, el arco llamado de la Villa, hoy destruído, y algo más adelante el de Santa Bárbara; ambos eran de moderna construcción y sus puertas de escasa importancia y resistencia. Desde este último arco, seguía la muralla entre la plazuela de Marín Alba ó Clavijo y el antiguo barrio de San Juan, recurvando al E., dejando fuera el de la Zapatería, donde aún se ve el antiguo arco llamado Oscuro, y más adelante el de Consolación, que fueron antiguas puertas, fuertes y dispuestas sus entradas en ángulo recto para facilitar su

defensa. Ambos son morunos y, sin duda, de los más antiguos que quedan de aquella época. Sigue luego la muralla por el lado E., donde se encuentra la torre del Sol, ya citada, y dejando dentro el Hospital de Santa Marina, se inclina al N. para cerrar su recinto en la entrada del castillo, donde había también una puerta moderna que llevaba el nombre del Hospital y cuyo arco se conserva derecho.

Más difícil nos será señalar el lugar preciso que ocupó la muralla exterior, pues ésta ha desaparecido por completo sin dejar más que algunos ligeros indicios de su existencia.

Principiemos por la parte en que se conserva un resto de ella: la torre que ocupa la ermita de la Virgen de los Remedios. Arranca el muro de esta torre pasando por delante de la iglesia del Salvador, antigua parroquia, perdiéndose inmediatamente; pero es indudable que seguía la margen derecha del Marbella, pues no hace muchos años se conocían algunos restos de su construcción frente al sitio que ocupó la iglesia de la Magdalena, también parroquia, y otros más abajo; hasta que aparece, en mejor estado de conservación, cercana al molino llamado de la Puerta. Este nombre nos dice que allí debió existir una de aquellas para el servicio del molino y el abastecimiento de agua del río á los vecinos. Desde esa puerta seguía la muralla la dirección del río, que le servía de foso, dejando dentro del recinto la antigua parroquia de San Pedro, ya destruída, y el convento de San Francisco, tomando entonces la dirección Norte por la margen izquierda del barranco de la puente de Perales, en cuyo punto se abría otra puerta llamada de Córdoba, nombre que conserva la calle que á ella condu-

ecía. Continuaba luego la muralla en la misma dirección y siempre al abrigo del barranco citado, hasta que replegándose bruscamente, buscando el terreno más alto del cerro por la llamada Velilla Alta, esquinas del Colegio del Espíritu Santo, calles de la *Muralla*, y Galana, entrando por el alto Barrizal y bajando por la calle de Francisco de Dios, donde quedan hoy sus cimientos, iba á cerrar en la ermita donde hemos tomado el punto de partida, unida ya con el Marbella. Otra puerta debió existir en la Calzada, y de las más importantes, pues el nombre de la actual calle indica que por ella pasaba entonces un camino firme.

El celo religioso de nuestros abuelos hizo desaparecer de las calles los nombres árabes, que sólo algunas conservan, como la Tela y el Albaicín, y esa circunstancia nos priva de la luz que los tales nombres pudieran arrojar para el estudio de lo que fué la población en aquellos lejanos tiempos; pero algo podemos conjeturar en lo referente al estudio que vamos haciendo en apoyo de nuestra tesis de los actuales nombres de ellas.

La calle *Nueva*, la del *Barranco*, la del *Campillo*, la del *Barrizal* y *Barrio Nuevo*, indican claramente con sus nombres que son de moderna fundación, y lo que eran los lugares en que se construyeron cuando fué derribada la muralla exterior de que nos venimos ocupando.

Hallábase, pues, la población encerrada en el cinturón que dejamos marcado, siendo su núcleo principal las laderas despobladas hoy, que miran al río, alrededor de las destruídas parroquias del Salvador, la Magdalena, Santiago y San Pedro, cuando fué atacada por Mahomad II.

Lo inexpugnable de este lado del pueblo, á cuyo pie corre el Marbella por estrecho y profundo cauce, y la suave pendiente del opuesto, donde además se encontraba la *Calzada* con su puerta, y al frente anchuroso campo donde desplegar las tropas disponiéndolas para el ataque, no deja duda de que éste debió ser dirigido contra la citada puerta principalmente y contra los lienzos de muralla inmediatos al Campillo, alto Barrizal y Albaicín, por donde entraron los asaltantes, llegando hasta el Coso, donde fueron rechazados por los defensores, quemando al retirarse aquellas barriadas, que tardaron mucho en reconstruirse, especialmente el Albaicín, que llegó arruinado hasta época muy moderna.

(12) **La Peña de los Enamorados.**—Entre las poblaciones de Antequera y Archidona, en la provincia de Málaga, existe un encumbrado monte, que se divisa desde grandes distancias, presentando por algunas partes un acantilado, que á partir de la cima, forma un precipicio de gran profundidad.

Conócese el tajo, por la *Peña de los Enamorados*, cuyo nombre debe á una interesante y antigua tradición, muy popular en Andalucía, y que ha generalizado después en toda España el Sr. Martínez del Rincón, con el célebre cuadro que lleva el mismo nombre.

El historiador Lafuente relata así el suceso:

«Había en Granada un joven cautivo de quien su sultán hacía mucha confianza. Tenía éste una hija, la cual se enamoró del mancebo cristiano. Con el temor de que el

padre descubriese sus amores, se resolvieron los dos á fugarse de la casa y á buscar un asilo entre los parientes del esclavo. Al llegar los fugitivos al pie de aquella roca, la joven musulmana se sintió rendida de fatiga y se sentó á descansar. A los pocos momentos vieron llegar al padre, que corría desalado en busca de su hija con gente de á caballo. Turbáronse los amantes, y no sabiendo qué partido tomar, determináronse á trepar por aquellos riscos hasta ganar la altura. Dirigíales el padre, desde la falda de la roca, furiosas amenazas, y amonestábales la gente de su comitiva á que descendiesen é implorasen su perdón, como único medio de templar su enojo y salvar sus vidas. Ni amenazas, ni reflexiones, ni ruegos bastaron á persuadir á los enamorados. Fueles ya preciso á los de la escolta del padre subir á la roca para apoderarse de ellos; pero el joven amante, con determinado arrojo, comenzó é descargar sobre ellos piedras, troncos de árboles y cuanto pudo haber á las manos. Vista la resistencia, buscó el padre ballesteros que de lejos les atacasen. Los jóvenes enamorados, no pudiendo salvarse de la lluvia de flechas que sobre ellos caía, y teniéndose ya por perdidos, para no sufrir la ignominia que les aguardaba, se abrazaron estrecha y fuertemente y se echaron á rodar por la peña abajo hasta caer destrozados, á los pies mismos de aquel inhumano y sañudo padre. Movié á lástima aquel triste y horrible espectáculo á todos los espectadores, y arrancó lágrimas á los mismos que habían contribuído á ponerlos en tal desesperación. Los dos amantes fueron enterrados al pie de la roca, que desde entonces se llamó *La Peña de los Enamorados.*»

---

Con ligeras variantes, refieren este dramático suceso otros escritores, conviniendo en el fondo con lo narrado por el Sr. Lafuente, aunque suponiendo que el caballero cristiano estaba preso en una mazmorra, de donde fué sacado por la enamorada joven, en cuya forma lo refiere también la tradición granadina.

Nosotros hemos seguido para la confección de nuestro modesto trabajo, además de lo dicho por los historiadores, una narración publicada en el libro *La Alhambra*, cuyo autor desconocemos.





# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA .....	III
PRÓLOGO .....	V
INTRODUCCIÓN.....	1
Los Niños Hermosos.....	5
Rafael de León.....	15
El Cristo de la Agonía.....	21
La Esposa del Arquitecto .....	27
El Castillo de Guadalerza.....	35
La Torre de la Malmuerta.....	61
La Piedra Escrita.....	75
Una Deslealtad y un Reto.....	79
La Virgen de Consolación.....	93
La Cruz de la Roldana.....	99
La Prisión de Boabdil.....	109
Mahomad.....	129
La Peña de los Enamorados.....	135
Notas.....	161





SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR ESTA OBRA  
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO  
DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ  
EL DIA XXVIII DE SEPTIEMBRE  
DEL AÑO DE MCM  
TOLEDO

0







490911

Valverde y Perales, Francisco  
Leyendas y tradiciones.

LS  
V2155ky

**University of Toronto  
Library**

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

Acme Library Card Pocket  
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

